

Selección

TERROR

EL LAGO NEGRO

CLARK CARRADOS

Aquella forma oscura que volaba silenciosamente, cayó sobre él, derribándole con el impacto. Pesaba y no pesaba, pero era imposible evadir su contacto.

Selleman cayó de bruces al suelo, revolcándose frenéticamente. La cosa le envolvió por completo, en medio de un silencio total, sin ruidos de ninguna clase, ni jadeos, ni resoplidos, ni gruñidos…

La cosa ardía, quemaba brutalmente. Al mismo tiempo, parecía estar hecha de hielo.

En el último instante y, mediante un esfuerzo desesperado, Selleman consiguió disparar el arma. Un chorro de fuego traspasó parte de la cosa, haciendo volar en mil menudos fragmentos algunos trozos de su estructura.

La descarga había abierto un boquete en uno de los bordes de la bestia, pero el boquete se cerró a poco. Selleman creía hallarse bajo una enorme manta de repulsivo contacto, ardiente y heladora a la vez.

De súbito, sintió como si millones de alfileres traspasaran su cuerpo: la cabeza, los hombros, los brazos, la espalda… hasta los huesos llegaban aquellas abrasadoras agujas.

Perdió el conocimiento rápidamente. En el último segundo de su vida, tuvo la sensación de que se disolvía en algo sin nombre. Entraba a formar parte de la bestia, era absorbido totalmente por ella.

Luego dejó de sentir.



Clark Carrados

El lago negro

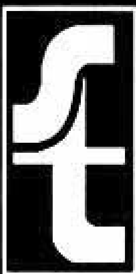
Bolsilibros: Selección Terror - 66

ePub r1.0
Titivillus 03.03.15

Título original: *El lago negro*
Clark Carrados, 1974
Diseño de cubierta: Desilo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Había odio en el rostro de Frank Selleman. El odio hacía crispar sus manos en torno a los cañones de la escopeta recién cargada.

Alguien, en tono de broma, había dicho que las balas debían ser de plata. A Selleman no le importaba la carga de su escopeta; le importaba más su puntería. Si un hombre sabía manejar un arma, el plomo podía ser tan bueno o mejor que la plata.

Y en cada cartucho había dos docenas de gruesos perdigones, capaces de partir a un hombre por la mitad. El arma era vieja, incluso de las que tenían los gatillos al aire, pero funcionaba tan bien como el día en que salió del armero, casi un siglo antes.

Selleman estaba seguro de encontrar a la bestia que ya le había comido dos ovejas. No le comería más.

Nadie, ningún vecino de Fetterville había visto a la bestia. Muchos, incluso, dudaban de su existencia.

Para Selleman, sin embargo, no había dudas. La bestia existía. Los escasos restos de sus ovejas, encontrados en sendas mañanas, lo probaban concluyentemente.

Avanzó cautelosamente. Selleman no había querido comunicar a nadie sus vehementes sospechas, basadas en lo que creía pruebas fundadas. La bestia vivía en Summit House, la Casa de la Cumbre, como la llamaban todos en Fetterville.

Summit House estaba a menos de cinco kilómetros de la población. Durante el día, era fácilmente visible, aunque buena parte del edificio quedaba oculta por la frondosa arboleda que formaba parte del parque que rodeaba a la posesión.

Había una alta tapia en torno al parque, pero no era suficiente para impedir la visión de un modo total, dado que la casa se hallaba en un punto relativamente alto, muy cerca de la cumbre del altozano en que estaba situada. El parque había sido construido en terrazas escalonadas, lo que cortaba convenientemente la pendiente, por otro lado no demasiado acentuada. A Selleman, sin embargo, los detalles de estética le tenían en aquellos momentos sin cuidado.

Sus ovejas le importaban más, muchísimo más. La bestia no le comería otra, seguro. Su escopeta, aunque sólo estuviese cargada con plomo, bastaría para acabar con las correrías de la bestia. Los otros habían hablado de lobos, zorros y otras alimañas, porque también habían sufrido pérdidas en sus ganados, pero a Selleman no se le podía engañar con semejantes falacias.

El tiempo era bueno. Los lobos estaban en las montañas, de las que sólo bajarían en el invierno, si era demasiado crudo y les faltaba comida. Entonces, Selleman se hubiera resignado a la pérdida de algunas de sus reses, considerándolo algo inevitable.

Pero ningún lobo bajaba a tierras casi llanas en las proximidades del verano. Y, además, extraña casualidad, la bestia sólo comía en las noches de luna llena.

Algunos apuntaban la existencia de un vampiro. Un vampiro hembra. Una mujer. Selleman se había reído de aquellas tonterías.

Los vampiros eran cosa de los supersticiosos europeos. Él había nacido en la libre América. Allí no existían aquellos seres fantásticos. Allí no había seres que chupasen la sangre, y algo más, de sus víctimas.

En todo caso, un vampiro, se decía, no devoraba ovejas.

Avanzó unos pasos más. El bosque, muy espeso, se aclaró casi de repente.

Súbitamente, Selleman oyó crujir de ramajes casi sobre su cabeza.

Se volvió. El miedo puso hielo en sus venas.

Levantó la escopeta, pero no había amartillado los gatillos y, cuando quiso hacerlo, se encontró que era demasiado tarde.

Aquella forma oscura que volaba silenciosamente, cayó sobre él, derribándole con el impacto. Pesaba y no pesaba, pero era imposible evadir su contacto.

Selleman cayó de bruces al suelo, revolcándose frenéticamente. La cosa le envolvió por completo, en medio de un silencio total, sin ruidos de ninguna clase, ni jadeos, ni resoplidos, ni gruñidos…

La cosa ardía, quemaba brutalmente. Al mismo tiempo, parecía estar hecha de hielo.

En el último instante y, mediante un esfuerzo desesperado, Selleman consiguió disparar el arma. Un chorro de fuego traspasó parte de la cosa, haciendo volar en mil menudos fragmentos algunos trozos de su estructura.

La descarga había abierto un boquete en uno de los bordes de la bestia, pero el boquete se cerró a poco. Selleman creía hallarse bajo una enorme manta de repulsivo contacto, ardiente y heladora a la vez.

De súbito, sintió como si millones de alfileres traspasaran su cuerpo: la cabeza, los hombros, los brazos, la espalda… hasta los huesos llegaban aquellas abrasadoras agujas.

Perdió el conocimiento rápidamente. En el último segundo de su vida, tuvo la sensación de que se disolvía en algo sin nombre. Entraba a formar parte de la bestia, era absorbido totalmente por ella.

Luego dejó de sentir.

En Fetterville, a unos tres kilómetros, se oyeron los disparos.

Hubo alarma. Los vecinos se congregaron. Algunos llevaban antorchas. Los más, fanales eléctricos portátiles. Casi todos, además, sus armas: escopetas y revólveres.

En Summit House no hubo, sin embargo, la menor reacción. Todo continuaba normalmente en la casa de la cumbre.

Al cabo de un rato, algo se levantó del suelo; una cosa sin forma, negra, silenciosa.

Aleteando pesadamente, se separó del lugar y voló hasta desaparecer en la noche.

Más tarde, los primeros vecinos de Fetterville alcanzaron el borde del bosque.

—Los tiros han sonado por aquí —dijo uno.

—Frank habrá visto algo —exclamó otro hombre—. Dijo que salía a cazar a la bestia dañina que se comía a sus ovejas…

—¡Frank! ¡Frank Selleman! —gritaron algunos.

Pero no recibieron la menor respuesta. De repente, el resplandor de una linterna cayó sobre un arma abandonada en el suelo.

—Eh, aquí está la escopeta de Selleman —dijo el portador de la linterna.

Unos pasos más adelante, el hombre vio algo que le puso los pelos de punta.

Más faroles alumbraron el lugar. Sonaron varias exclamaciones de horror.

Uno se desmayó. Dos vomitaron.

Pero todos ellos vieron, sin lugar a duda, los blancos huesos del esqueleto que yacía sobre la hierba, cubierto por unos fláccidos ropajes, humedecidos con algo que hedía horriblemente.

En la calavera había una risa burlona. El muerto se burlaba de los vivos.

* * *

—Me han dicho que aquí hay pesca en abundancia —manifestó el forastero.

Mike Bayne, dueño de la taberna, asintió.

—Según donde vaya a pescar —contestó—. Por cierto, no he oído su nombre…

—Slipher, Dale Slipher —se presentó el forastero, joven, bien portado y de aire agradable y desenvuelto.

—Mike Bayne —dijo el tabernero—. Perdón, ¿quién le dijo que había abundante pesca en Fetterville?

—Un amigo que pasó aquí las vacaciones el año pasado.

—Le conoceré yo, sin duda.

—No lo creo. Acampó al otro lado de las colinas. Iba a proveerse a Shortone.

Bayne hizo una mueca.

—Hay gustos para todo —dijo—. Usted se quedará aquí, supongo.

—Depende, Mike.

—La pesca es buena en los arroyos, pero se necesita habilidad. Si no quiere cansarse y pescar sin grandes trabajos, tendrá que ir a Black Lake.

—¿Está muy lejos de Fetterville? —preguntó Slipher.

—Unos cuatro kilómetros al oeste. Pero antes tendrá que pedir permiso a uno de los dos dueños.

—¿Cómo?

—La mitad norte del lago y, aproximadamente, unos tres kilómetros de las tierras que lo circundan a partir de la orilla, tienen un dueño. En la mitad sur ocurre algo parecido.

—Ya. Sin permiso de esos dueños, no puedo pescar.

—En la mitad norte, se lo negarán, puedo anticipárselo desde ahora.

—Y en la mitad sur…

—Depende del genio de la dueña.

—Ah, es una mujer.

—Sí, la señorita Myrtle Toonehan. Si le cae en gracia, quizá le conceda el permiso. De otro modo, no le quedará otro remedio que ir a los arroyos de las montañas.

—El lago me gusta más —sonrió Slipher—. De modo que la señorita Toonehan vive a cuatro kilómetros al oeste de Fetterville.

—Un poco hacia abajo. Tenga en cuenta que su casa está situada al borde del lago. Quizá le permita, incluso, utilizar alguna de sus barcas.

—Ah, tiene barcas —sonrió el forastero.

—Sí, su padre las usaba para pescar o como diversión. Pero si emplea las barcas, no traspase la

línea de demarcación del lago.

—No se verá…

—Hay una línea de boyas de casi tres kilómetros de longitud. La mandó instalar el dueño de la mitad norte.

—Tengo la sensación de que ese sujeto es un tipo nada simpático, Mike.

—Lo que se dice nada —convino el parlanchín tabernero—. A decir verdad, en Fetterville no le aprecia nadie. Y menos todavía a su esposa.

—Debe de ser una arpía —sonrió Slipher.

—Oh, no lo crea; la condesa es la mujer más bella del mundo —contestó Bayne, sorprendentemente.

CAPÍTULO II

En aquel momento entraron varios hombres en la taberna y Bayne se vio obligado a abandonar la conversación con el forastero. Slipher dejó unas monedas sobre el mostrador y se dirigió hacia la calle.

El coche estaba parado junto a la acera. Entre el asiento posterior y el maletero tenía todo lo necesario para acampar durante un mes.

Hacía tiempo que tenía ganas de pasar una temporada al aire libre. Estaba demasiado enmohecido, se decía, a pesar de que hacía ejercicio periódicamente en un gimnasio. Pero nada era comparable a unas semanas de vida al aire libre, lejos del ruido y del bullicio y del infernal ajetreo de las grandes urbes.

El paisaje era encantador. Prados en abundancia, redondas colinas en las inmediaciones, bosques frondosos, lejanas montañas aún cubiertas de nieve, arroyos murmurantes…

Y, en el centro del valle, Black Lake, como una gran cazuela llena de agua. Se preguntó a quién se le habría ocurrido la insensata idea de llamar Lago Negro a lo que era más bien una espejeante lámina de color azul claro, dorado a veces, si reflejaba la luz del sol. Desde donde estaba, situada la aldea en alto, podía ver el lago al fondo, dejando que la vista corriese a lo largo de la calle Mayor.

Hizo girar la llave de contacto. El motor ronroneó suavemente. Embragó, pisó el acelerador y arrancó.

A trescientos metros del pueblo, divisó un camino que se dirigía hacia el oeste y se metió por él sin vacilar. El camino atravesaba un espeso bosque en el que abundaban los robles sobre todo.

Mil metros más adelante, encontró otra bifurcación. El ramal que conducía al norte tenía un rótulo indicador:

A SUMMIT HOUSE.

Slipher volvió la cabeza. La casa de la cumbre estaba a unos dos kilómetros y medio de distancia, sobre la colina cuya base terminaba en el lago.

Tiró por el ramal de la izquierda, rodando a marcha moderada. El camino tomaba ahora una dirección levemente inclinada al sudoeste. De pronto, encontró un obstáculo.

Se trataba solamente de dos bloques de piedra, situados a ambos lados del camino, que servían para sostener una cadena de no demasiado gruesos eslabones. La cadena se podía quitar fácilmente; no había candados que la asegurasen a los ganchos de sustentación.

Incluso podía pasar por cualquiera de los lados, dada la lisura del terreno. Pero el cartel que se veía a un lado, le hizo ver lo incorrecto de seguir adelante de ese modo:

SOUTHLAKE - PROPIEDAD PRIVADA
PROHIBIDO EL PASO

Slipher pensó en dejar allí el coche y seguir a pie hasta Southlake. Era el mejor procedimiento para entrar en contacto con la dueña del lugar.

Abrió la portezuela. Apenas había puesto el pie en el suelo, oyó una especie de rugido.

Volvió la cabeza. Un enorme animal se arrojaba sobre él, dando saltos gigantescos.

Slipher se vio ya degollado por los poderosos colmillos de aquel mastín de colosales dimensiones.

* * *

De súbito, el perrazo apoyó sus patas delanteras en los hombros del forastero y lanzó un alegre ladrido, a la vez que meneaba activamente la cola. Slipher, atónito por la increíble actitud del can, quedó unos momentos irresoluto, sin saber qué hacer, la espalda apoyada en el coche, ya que, de otro modo, habría caído hacia atrás.

De pronto, se oyó una voz en las inmediaciones:

—*Sheik*, aquí. Ven, *Sheik*.

El perro se separó de Slipher y corrió al encuentro de la mujer que salía en aquellos momentos del bosque. Fue hacia ella y empezó a dar saltos de alegría, a su alrededor. Luego corrió nuevamente hacia el forastero, pero Slipher, prevenido, pudo evitar en parte las efusiones del can.

—Basta, *Sheik* —dijo la joven.

El mastín pareció calmarse un tanto. Slipher se descubrió cortésmente.

—Perdóneme, señorita —dijo—. No quise molestarla.

—Es usted quien debe perdonarme, señor —manifestó ella—. Mi perro es aún joven y se siente muy juguetón. Quizá con el otro no lo hubiera pasado usted tan bien como con *Sheik*, pero murió hace algunos meses y… Bien, supongo que esta historia no le interesa demasiado.

Mientras ella hablaba, Slipher la estudiaba con moderada curiosidad. Tratábase de una muchacha alta y bien proporcionada, vestida con un sencillo *pullover* gris, por cuyo escote asomaba el cuello de una camisa blanca. El atuendo quedaba completado con unos pantalones azules y unos zapatos blancos, de tacón bajo.

—Al contrario —sonrió—; era un relato sumamente atractivo. Perdón, creo que debo presentarme. Soy Dale Slipher, señorita.

Ella le tendió la mano.

—Myrtle Toonehan —dijo—. Encantada, señor Slipher.

El asombro apareció en la cara del forastero.

—Usted es la dueña de la mitad sur del lago —exclamó.

—Sí. ¿Quién se lo ha dicho?

—Me detuve en Fetterville. Mike Bayne, el tabernero, me facilitó algunos informes suyos, señorita Toonehan.

—Bayne tiene el vicio de una lengua demasiado fácil —sonrió Myrtle. Un rayo de sol pasó de pronto a través de las copas de los árboles y convirtió su cabellera en una masa de hilos de oro.

—Pero los informes me han resultado muy valiosos. Señorita Toonehan, será mejor que vayamos al grano. Deseo que me conceda permiso para acampar a orillas del lago. Le aseguro que no le causaré molestias y…

—¿Por qué a mí, precisamente? Hay otra persona que también posee derechos sobre el lago —

arguyó Myrtle.

—Bayne me dijo que no conseguiría permiso del propietario de la mitad norte —declaró Slipher.

—En esta ocasión, Mike acertó. El conde no le dará permiso.

—¿Y usted?

Myrtle pareció dudar un instante. Slipher la contemplaba con ansiedad.

—¿Cuánto tiempo piensa estar aquí? —preguntó Myrtle, de pronto.

—Veinte o veinticinco días; no puedo más. Mis compromisos lo impiden, señorita.

—Está bien. Lo mejor será que monte su tienda a unos trescientos metros al este de mi casa. A partir de ahí, elija usted mismo el punto de acampada.

Slipher se quitó el sombrero.

—¿Puedo decir que es usted un ángel, señorita Toonehan? —exclamó jovialmente.

Ella se echó a reír.

—No concedo permiso a todo el mundo; de lo contrario, esto se convertiría en un estadio en día de partido importante. Pero comprendo que a algunas personas les guste pasar algunos días al aire libre.

—Yo, por ejemplo. Sin embargo, hay una duda que me gustaría aclarar. Usted puede hacerlo, es la persona más indicada.

—¿Qué duda es ésa? —preguntó la muchacha.

—¿Por qué me ha concedido el permiso?

La mano de Myrtle acarició la cabeza del enorme perrazo.

—El instinto de los animales no suele fallar —contestó.

—Lo que quiere decir que, si yo hubiese resultado antipático a *Sheik*, a estas horas, tendría ya la garganta destrozada.

—No exagere. *Sheik* se habría detenido a pocos pasos de usted, ladrando para llamar mi atención y, al mismo tiempo, impidiéndole la huida. Está entrenado para atacar solamente cuando se le ordena. Pero una persona con la que un perro de guarda simpatiza instantáneamente, no puede tener malas intenciones.

—Es cierto —dijo Slipher—, y sus deducciones resultaron completamente acertadas. —Miró al perro y sonrió—. Gracias, *Sheik*.

El mastín ladró alegremente. Myrtle se despidió del forastero:

—Encantada, señor Slipher.

—Le pagaré un impuesto por el derecho de acampada —prometió él.

—Oh, no, por favor; en estas ocasiones nunca cobro…

—En especie. La mitad de lo que pesque —sonrió el forastero.

Myrtle asintió con leve sonrisa. Luego giró sobre sus talones y se alejó. *Sheik* trotaba alborotadamente a su lado. A Slipher le pareció contemplar la estampa de una Diana cazadora de la época moderna.

Había frescura y vitalidad en Myrtle, pero, también, una cierta melancolía que se presentía en sus facciones, bajo la cálida sonrisa de los labios. ¿Por qué?

No iba a ser indiscreto preguntando a la muchacha por sus problemas, se dijo. Además, podía

tratarse de figuraciones suyas.

Silbando, para demostrar su buen humor, descolgó la cadena e hizo pasar el coche entre los mojones. Puso otra vez la cadena en su sitio y se encaminó a marcha moderada en busca del lugar de acampada, gozando mientras tanto de la belleza del paisaje.

* * *

Una segunda aunque breve entrevista con Myrtle, celebrada al día siguiente, dio como resultado el permiso para utilizar uno de los botes de la joven. Slipher examinó la embarcación, fondeada junto a un pequeño embarcadero, y la halló en perfecto estado, aunque con un inconveniente.

El lago era más grande de lo que parecía a primera vista. Si bien la barrera de boyas, que delimitaba claramente las respectivas propiedades, tenía una longitud de casi tres kilómetros, había puntos en donde la anchura era muy próxima a los cuatro mil metros.

En realidad, el lago tenía los contornos de un óvalo, aunque no demasiado pronunciado. Desde el embarcadero a la línea de boyas había casi dos mil metros.

Podía ir remando, desde luego, pero perdería mucho tiempo. Se preguntó si no sería conveniente adosar al bote un pequeño motor de gasolina.

Quizá en Fetterville podían alquilarle uno. Consultarlo no le llevaría demasiado tiempo.

El campamento estaba ya instalado. Slipher se dijo que averiguar lo del motor sería cuestión de un par de horas como máximo, suponiendo que lo consiguiera. En caso contrario, en sesenta minutos estaría todo listo.

Subió al coche y lo puso en marcha. Salvó la linde de la propiedad de Myrtle y siguió adelante. Un poco después, alcanzó la bifurcación de caminos.

Entonces vio un coche parado y a una mujer junto al mismo. El coche llamó su atención, porque era un Mercedes deportivo de dos plazas. Resultaba el automóvil adecuado para aquella beldad que parecía hallarse en apuros.

Slipher detuvo su automóvil, no tanto por curiosidad, como por mostrarse cortés con los habitantes de una comarca de la que iba a formar parte durante unas semanas.

—¿Le ocurre algo, señora? ¿Puedo ayudarla? —consultó.

Ella le miró fijamente. Era muy esbelta, de largos cabellos negros y rostro extremadamente blanco, casi pálido. Una leve sonrisa apareció de pronto en sus labios, no demasiado rojos.

—¿Entiendes de motores, Dale Slipher? —preguntó sorprendentemente.

CAPÍTULO III

Slipher se apeó de un salto. Algo parecido a un fogonazo brilló en su mente.

—No…, no es posible… —dijo, pasmado—. Tú… Charlotte von Hassüth… aquí, en estos parajes… Debo de estar soñando, no me cabe la menor duda.

Charlotte le tendió una mano, blanca, fina. Casi se transparentaban las venas en aquella piel de raso.

—No sueñas, Dale —dijo—. Soy yo, en efecto, aunque ya no uso mi apellido paterno. Empleo el de mi esposo, McSwiswin. Me casé hace algunos años y vine de Europa a residir aquí.

—Increíble —exclamó él, reteniendo todavía la mano de la mujer entre las suyas—. Char —le dio el antiguo tratamiento—, de todas las personas a quienes hubiera esperado ver en estos parajes, tú eres la última, puedes creerlo.

Ella rió suavemente.

—Ya ves, ahora mejor que nunca se puede emplear ese viejo dicho: el mundo es un pañuelo —contestó—. ¿Qué haces tú aquí? —inquirió.

—Estoy de vacaciones. Acampo cerca de Southlake.

—Ah, la propiedad de los Toonehan.

—Sí, así se llama la dueña. Me dio permiso para acampar; un amigo me habló de esta comarca…, pero no me dijo nada de ti, claro.

—Quizá oyó solamente el nombre de Charlotte McSwiswin. Aunque todos conocen mi origen europeo, muy pocos conocen mi apellido de soltera.

—Claro, claro… ¿Vives en Fetterville?

Charlotte hizo un gesto negativo.

—No, allí, en Summit House —contestó, señalando la casa de la cumbre con un leve ademán—. Es propiedad de mi esposo. Por lo visto, perteneció a su familia en tiempos. Ahora, después de casarnos, decidió poner la casa nuevamente en condiciones. Restauró el edificio, el parque… Bien, es un lugar bastante agradable, aunque un poco solitario.

—En estas épocas, la soledad, a veces, es una gran ventaja. Char, celebro que te hayas casado y que seas muy feliz.

Una expresión de melancolía apareció de pronto en el hermoso rostro de la joven.

—Gracias, Dale —contestó.

Slipher intuyó que su felicitación había pecado quizá de extemporánea. Pero no quiso hacer ningún comentario al respecto.

—Un día de éstos iré a hacerte una visita —dijo con acento intrascendente—. Pero te veo aquí parada. ¿Esperas a alguien o tu coche ha tenido una avería?

—Lo segundo, Dale. Se me ha parado de pronto, sin saber cómo ni por qué —respondió Charlotte.

—Si me permites…

—¿Entiendes de motores? —preguntó ella, sorprendida, al ver que Slipher se disponía a levantar el capó.

—Si la avería no es de las gordas, tal vez pueda hacer lo suficiente para que llegues sin

dificultades hasta un taller —contestó él.

—Me sorprendes, Dale. Un abogado, metido a mecánico.

Slipher sonrió a medias.

—Sigo siendo abogado y ejerzo como tal. Pero en ocasiones, también tengo que echar un vistazo al motor de un automóvil. Ah, aquí está; no es nada del otro mundo.

Slipher sacó una navajita del bolsillo y peló los dos extremos de un cable eléctrico. Volvió a su coche, buscó en la bolsa de cura de urgencia y sacó un rollo de cinta adhesiva, que hizo actuar de aislante. Luego se sentó tras el volante del Mercedes y dio el contacto.

—Arranca a la primera —dijo alegremente.

—Me dejas admirada —exclamó Charlotte.

—Bah, no era nada de importancia; sólo se había soltado el cable de la bobina de ignición. Es lo primero que se debe mirar cuando el coche se para inexplicablemente.

Slipher se apeó, habiendo dejado el motor al ralentí. Bajó la tapa del motor y alargó la mano hacia Charlotte, pero la retiró en el acto.

—Me he manchado —se disculpó.

Ella se apoderó de la mano sucia.

—No importa, Dale —dijo con voz cálida.

Slipher retuvo un instante aquella mano que, años atrás, tantas caricias le había prodigado. Durante una fracción de segundo, rememoró el ardiente romance que se había producido entre los dos en una época que ahora le parecía remotísima. Aquello era cosa del pasado; Charlotte pertenecía ahora a otro hombre.

—Adiós, Char —se despidió.

—No dejes de venir a visitarme algún día —rogó ella.

Charlotte entró en el coche, soltó el freno de mano, embragó y arrancó en dirección a la casa de la cumbre. Slipher se quedó contemplándola durante unos segundos, hasta que la vio perderse en una revuelta del camino.

Meneó la cabeza, a la vez que emitía un suspiro melancólico.

—Este mundo… Sí, decididamente, es un pañuelo —murmuró.

Y volvió a su coche, decidido a recuperar el tiempo perdido en el encuentro.

* * *

Mike Bayne llenó la jarra y la puso delante de su cliente. Luego hizo un signo negativo con la cabeza.

—No encontrará en Fetterville un motor fuera borda —dijo como respuesta a la solicitud del forastero—. Aquí no se usan esas cosas: los arroyos no lo permiten. Tal vez, si el lago fuese de dominio público…, pero usted sabe que pertenece a dos propietarios.

—Sí, lo sé —admitió Slipher, después de un largo trago de cerveza—. Pero me había hecho la ilusión…

—Hombre, quizá podría encontrar ese motor —exclamó el tabernero—. Hubo un tiempo en que una persona usaba una barca con motor fuera borda, pero desde hace años no lo hace.

—¿Quién es? Quizá mi oferta le resulte interesante, Mike.

—Es que, suponiendo que conserve todavía ese motor, dudo mucho de que acceda a alquilárselo. No creo siquiera que se lo preste.

—Bueno, pero ¿cuál es esa persona? —exclamó Slipher, un tanto impaciente.

—El conde —dijo Bayne.

—¿Cómo?

—Sí, hombre, el dueño de Summit House y de la mitad norte del lago.

—Pero ese conde…

—Bueno, él no lo es. Su mujer sí es condesa y por eso aquí todos le llamamos el conde. Ella es europea, húngara o así, me parece.

Slipher se dijo que, por el momento, no era prudente que nadie conociera su antigua relación con Charlotte von Hassüth. Era cosa de los dos interesados solamente.

—Ah, de modo que el dueño de Summit House…

—Sí, hace años tenía una barca con motor, pero no sé qué se habrá hecho del artefacto. El señor McSwiswin no es muy sociable que se diga y seguramente le negará el favor, suponiendo que disponga todavía del motor. Pero si quiere, puede intentar pedírselo.

—Tal vez, Mike.

—Aunque, si quiere que le sea sincero, yo no iría a Summit House por todo el oro del mundo.

Había un acento de temor y resentimiento en la voz del tabernero. Slipher, conocedor del alma humana, lo captó en el acto.

—¿Qué le pasa, Mike? ¿Vive el diablo en Summit House? —preguntó en tono de broma.

—El diablo… o algo peor, que ya es decir. —Bayne bajó la voz de repente—. Hay quien sostiene que la condesa es un vampiro y que se alimenta de seres vivos, animales o personas.

Slipher respingó.

—Mike, por favor, ¿a quién se le ha ocurrido semejante disparate? —exclamó.

—No tan disparate, señor Slipher —alegó el tabernero—. Han desaparecido ya algunos animales; un par de corderos, un cerdo, algunas gallinas y hasta un perro. Sólo quedaron de ellos algunos huesos, pero de los animales más grandes, porque de las gallinas y el perro no quedaron ni las plumas ni el rabo. En cambio, del pobre Frank Selleman sí quedó el esqueleto entero, con todos los huesos mondos y lirondos, sin el menor rastro de carne. Y eso lo hizo la vampiresa que vive en Summit House, créame.

—Pero, Mike…

—Señor Slipher, Selleman murió hace cuatro semanas. Por la tarde, estuvo aquí, bebiendo una jarra de cerveza con los amigos. Estaba muy furioso con la muerte de dos de sus corderos y dijo que iba a acabar con ese problema. Lo dijo a las siete de la tarde; cuatro horas después, ya habíamos encontrado su esqueleto.

Slipher miró al tabernero.

Bayne hablaba muy en serio; no cabía en él la sombra de una tomadura de pelo.

—De modo que la condesa…

—Sí, ella es la que devoró a Frank Selleman —insistió tercamente el tabernero.

Atardecía.

Slipher había cenado poco antes. Ahora contemplaba las brasas de la hoguera, cuyas llamas decrecían poco a poco.

La superficie del lago tenía ahora un pronunciado color oscuro. Quizá estaba bien llamarle Black Lake, pensó.

De pronto, oyó pasos y se puso en pie.

—Soy yo, señor Slipher —sonó la voz de Myrtle Toonehan.

Sheik ladró en la penumbra. Momentos después, la joven y el mastín aparecieron ante los ojos de Slipher.

—He visto las llamas de la hoguera desde mi casa —declaró Myrtle—. Iba a salir a dar un paseo y me acerqué por aquí.

—Está en su propiedad —sonrió él—. Pero ya tengo buen cuidado en evitar que las llamas se propaguen a los alrededores.

—Eso le quería recomendar, precisamente. Gracias por haberse anticipado a mis deseos.

—Es lo lógico —sonrió él.

—¿Cómo va la pesca?

—No he hecho hoy gran cosa. Mañana madrugaré y me llegaré casi hasta el centro del lago. Supongo que allí tendré más suerte. Deberá esperar un poco a cobrar sus impuestos en especie.

—No tengo prisa —dijo Myrtle—. Pero permitirá un consejo, señor Slipher.

—Por supuesto —accedió él.

—No traspase la línea de boyas. Realmente, no es una barrera defensiva, sino más bien… la frontera entre dos propiedades pertenecientes a distintos dueños. No quiero provocar ningún incidente con el señor McSwiswin.

—Lo tendré en cuenta, señorita Toonehan. Pero, si me permite una pregunta…

—Hágala —invitó Myrtle.

—Yo diría que las relaciones entre usted y su vecino del lado norte no son muy buenas. No es que eso me importe, pero la línea de boyas parece indicar desconfianza por parte de alguien.

—Por parte de McSwiswin —contestó ella rápidamente—. Jamás a un Toonehan se le ocurrió demarcar su parte del lago. ¿Para qué? Hay agua y peces de sobra para todos. Pero no, en cambio, para demasiados turistas.

—Sí, comprendo. Sentiría mucho haberla molestado con mis observaciones, señorita.

—No se preocupe —dijo Myrtle.

—He oído hablar de McSwiswin. En Fetterville le llaman el conde.

—Es su esposa la que posee el título nobiliario. Aquí se lo aplicó a él algún chusco y así ha quedado la cosa.

—De la condesa me han hablado muy mal, pésimamente, diría yo. ¿Es cierto que se han producido muertes extrañas en los últimos tiempos?

—Sí, muy extrañas —convino ella con cierta sequedad—. Buenas noches, señor Slipher —se despidió bruscamente.

Myrtle y el perro desaparecieron. Slipher quedó solo, bastante preocupado.

—A buen sitio me envió mi amigo —rezongó momentos más tarde—. Si lo llego a saber, Fetterville y Black Lake se quedan sin conocerme, seguro.

Pero ya estaba allí y, buscar otro lugar para acampar, le robaría demasiado tiempo de sus vacaciones.

Lo mejor, decidió finalmente, era seguir allí y hacer caso omiso de chismes y murmuraciones locales.

Incluso aunque Charlotte estuviese mezclada en ellas.

CAPÍTULO IV

Un extraño sonido le despertó de pronto.

Slipher se incorporó sobre un codo y escuchó. Parecía el ulular de un lobo…, pero no había lobos en aquellos parajes y menos cerca del verano.

El aullido, triste y lastimero, venía de Southlake. Debía ser *Sheik*, pensó.

Escuchó unos momentos. *Sheik* ladró un par de veces más y luego calló.

Los perros guardianes tenían a veces sus manías, se dijo, mientras se volvía a tender en el saco de dormir. Pero los aullidos de *Sheik* le habían desvelado y encendió un cigarrillo para intentar distraerse, mientras volvía el sueño.

Pasaron algunos minutos. Slipher aplastó el cigarrillo en el cenicero colocado a un lado.

El sueño volvía ya, satisfactoriamente.

De súbito, oyó un ruido extraño.

Esta vez no eran aullidos del perro. Era un suave *ssss…*, como si algo se arrastrase hacia la tienda.

¿Una serpiente?

Gotas de sudor inundaron su frente. Tenía un buen bastón; era un arma más que suficiente para molestos reptiles.

El siseo sonaba cada vez más cerca. De repente, chasqueó una ramita seca.

Slipher se puso en pie de un salto.

—Esto es más que una culebra —gruñó, a la vez que encendía el farol portátil que pendía del techo.

Descolgó el farol y salió de la tienda. Algo se arrastró con enorme rapidez hacia la orilla del lago. Las aguas quietas, espejeantes, se arremolinaron un momento; luego, poco a poco, volvieron a quedarse quietas.

Slipher parpadeó. ¿Qué había visto?, se preguntó.

De repente, oyó la voz de Myrtle que pronunciaba su nombre a gritos. *Sheik* ladró junto a la muchacha.

—¡Aquí! —contestó él, alzando el farol.

Myrtle apareció momentos más tarde, jadeante a causa de la carrera. El animal resoplaba y sacaba la lengua.

—¿Está usted bien, señor Slipher? —preguntó ella.

—No me ha ocurrido nada, aunque tengo la sensación de que algún animal extraño, de grandes dimensiones, ha estado merodeando junto a mi tienda. Pero en cuanto asomé con la luz, huyó con gran rapidez y desapareció en el lago.

—Sí, es verdad, ha vuelto al lago.

Slipher fijó la vista en el rostro de la muchacha.

—¿Qué era? —preguntó.

—¿Cree que yo lo sé?

—¿Lo ha visto?

—*Sheik* intuyó su presencia. ¿No lo oyó ladrar?

—¿Ladrar? Ululaba como un lobo hambriento —rió Slipher.

El mastín parecía intranquilo. De pronto, corrió hacia la orilla y empezó a ladrar furiosamente a algo que no se veía desde la tienda.

—El animal está ahí —dijo Myrtle.

—¿Qué animal?

—El mismo que devoró a Frank Selleman. Anda suelto por ahí…, es algo horrible…

—Pero ¿lo ha visto o no? —preguntó Slipher, impaciente.

—A ese animal sólo se le ve una vez. Ya no se vive para contarlo.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Es que no le parece suficiente el ejemplo de Selleman?

Slipher hizo una mueca.

—No irá a decirme ahora que cree en supersticiones y que la condesa se ha transformado en un tiburón con patas —dijo sardónicamente.

—Es usted un escéptico —le increpó Myrtle—. Ojalá no tenga que enfrentarse un día con esa bestia.

—Eso espero, señorita Toonehan.

Myrtle se volvió.

—¡*Sheik*, *Sheik*! —llamó—. Aquí, ven pronto.

El mastín abandonó la orilla del lago y regresó junto a su dueña.

—Le voy a dar un consejo, señor Slipher —dijo Myrtle.

—Siempre escucho los consejos. Ahora bien, seguirlos…

—Haga como guste; en todo caso, la responsabilidad será suya. Pero en su lugar, yo tendría a mano un arma.

—¿Un revólver? Mike Bayne me ha dicho que a Selleman la escopeta no le sirvió de nada —dijo él.

—Mejor que la escopeta, una lata de petróleo. El fuego, cuanto más vivo, es lo mejor para hacer huir a esa bestia sin nombre. O quizá para destruirla.

Slipher se inclinó.

—No cuesta nada seguir un consejo como el que acabo de recibir —declaró gravemente.

Aquella noche, Slipher ya no pudo dormir.

El nuevo día le sorprendió cansado, somnoliento y malhumorado. Vestido solamente con el bañador, fue al lago y nadó un rato.

Luego volvió al campamento y se dispuso a preparar el desayuno. Entonces fue cuando advirtió algo que le sorprendió extraordinariamente.

Había un par de latas de conserva tiradas por el suelo, de cualquier manera. Slipher no recordaba haberlas dejado allí, sino en la alacena portátil que constituía parte de su equipo.

Las latas sonaban a hueco, apreció al recogerlas. Entonces advirtió un diminuto agujero, no mayor que una cabeza de alfiler, en cada una de ellas.

Las latas eran de apertura automática. Una vez levantó las tapas, Slipher apreció que la carne contenida en su interior había desaparecido por completo.

* * *

En la gasolinera le dieron una lata con unos diez litros de petróleo. Slipher se preguntó cómo haría para preparar una trampa que funcionase con rapidez, apenas sintiera la presencia del extraño animal en las inmediaciones de su campamento.

Sólo había una solución factible: una lámpara de petróleo, que debía permanecer encendida toda la noche, aunque con la mecha al mínimo.

Buscó una tienda y entró a comprar la lámpara. El dueño hablaba en aquel momento con dos individuos.

—La policía no hará nada —se quejaba el comerciante—. Si hay alguien digno de ser llamado el alcaloide de la incapacidad, ése es Pete Laddon, nuestro alguacil.

Slipher sonrió para su capote al oír las palabras del furioso comerciante, quien continuó:

—Sólo el *sheriff* del condado podría hacer algo, pero la capital cae muy lejos. ¿A quién diablos le importan los problemas de un mísero pueblo como Fetterville? Únicamente les interesamos a la hora de cobrar los impuestos…

Los dos individuos asentían con gruñidos. Slipher pensó en los típicos ociosos de cada pueblo, capaces de escuchar lo que cualquiera quisiera decirles durante horas enteras, a cambio de una copa o un cigarro.

De pronto, el comerciante reparó en él y, suspendiendo su furiosa perorata, le preguntó qué deseaba. Slipher pidió un farol de petróleo, de la clase que pudiera colgarse de un sitio alto.

El farol pasó a poder del joven momentos después. Slipher se dispuso a abonar su importe.

Una mujer entró en aquel momento en la tienda.

—Señor McCallum, ¿tiene preparado mi pedido? —preguntó con voz fresca y vibrante.

Slipher no pudo por menos de fijarse en la recién llegada, una hermosa rubia de unos treinta años, de ojos maliciosos y aire desenvuelto, con dos o tres kilos más de lo normal en torno a su esqueleto. Pero era muy atractiva y de toda su figura se desprendía un fuerte atractivo sensual, del que ella, pensó Slipher, estaba muy consciente.

—Aquí está, señora Morris —contestó el tendero con voz seca.

Los dos ociosos contemplaban a la mujer con avidez no disimulada. El comerciante, en cambio, la miraba casi con desprecio, si no con hostilidad. Ella, haciendo caso omiso de la expectación que despertaba, avanzó hacia el mostrador y tomó con las manos una pila de paquetes de regular tamaño.

Slipher se dio cuenta de que ninguno de los hombres se ofrecía a ayudarla. De pronto, dio un paso hacia delante:

—Permítame, señora —dijo galantemente.

Ella le miró con extraña intensidad, a la vez que sonreía.

—Muy amable —murmuró.

Slipher puso el paquete de su farol encima de los otros y caminó hacia la calle.

—¿Dónde está su coche, señora? —preguntó.

—No tengo —respondió ella—. Y no vivo tan lejos…

—En ese caso, si quiere indicarme la dirección de su casa, le quedaré muy reconocido. Permítame que me presente antes, señora: soy Dale Slipher.

—Forastero, a lo que se ve. Los indígenas no habrían alzado un solo dedo para ayudarme, cosa que, por lo demás, ha podido apreciar personalmente —dijo ella con acento despectivo—. Me llamo Rose Morris.

—Es un placer, señora Morris —sonrió él—. ¿Dónde está su casa?

—A unos seiscientos metros, a la salida del pueblo —contestó ella.

—Entonces, la llevaré en mi coche. Suba, por favor.

Rose dio un paso hacia el vehículo, pero, de pronto, se detuvo y volvió a mirar al joven.

—Usted es forastero, señor Slipher. Por tanto, desconoce los problemas de este pueblo, uno de los cuales soy yo. ¿Por qué no deja de ayudarme? —preguntó.

—¿Quiere que lo haga, señora Morris?

Ella se mordió los labios.

—No soy una leprosa —contestó sordamente—. Pero algunos me consideran peor. Sólo les ha faltado ordenar que toque una campanilla cada vez que entre en el pueblo. —De pronto se echó a reír—. No quiero ocultarle la verdad, señor Slipher. Soy una pecadora pública.

—Que ha amado mucho, ¿no es cierto? —dijo él gravemente.

—Sí.

—Algo hay en la Biblia respecto a una mujer como usted, señora Morris —siguió él—. En cuanto a mí, ciertas cosas me traen sin cuidado, ahora y siempre y vengan de quien vengan. Suba, se lo ruego.

Rose obedeció, a la vez que suspiraba.

—Si tan sólo la cuarta parte de los hombres de Fetterville tuvieran la décima parte de su valor, esto cambiaría de una forma muy radical —dijo, a la vez que abría la portezuela de su automóvil.

Slipher colocó los paquetes en el portaequipajes. Regresó junto al volante y dio el contacto.

—Señora Morris, permítame un consejo —dijo al arrancar.

—¿Sí, señor Slipher?

—Arranque el resentimiento de su corazón. No es bueno.

—Lo he intentado en más de una ocasión. Siempre me han dado con la puerta en las narices y no sólo de manera figurada.

—Inténtelo una vez más, se lo ruego. Haga de gota de agua que horada la peña.

Rose exhaló una amarga carcajada.

—¡Cómo se ve que no conoce Fetterville! —exclamó—. En algunos aspectos, los habitantes de este pueblo siguen viviendo en la Edad Media. Pero no quiero seguir hablando de este tema que me da náuseas. Hablemos de usted, señor Slipher.

—En otro momento, si no tiene inconveniente, señora Morris… y si no le importa recibir en su casa a un hombre, para invitarle a una taza de té.

—Me parece una oferta muy interesante —aceptó Rose de inmediato—. ¿A las seis?

—En punto —corroboró él.

CAPÍTULO V

Le sobró tiempo para alejarse con la barca a unos cientos de metros de la orilla y pasarse varias horas entretenido con la caña y los anzuelos. Al finalizar, tenía en la cesta media docena de hermosas truchas, algunas de las cuales rebasaban holgadamente los mil gramos.

Regresó al embarcadero. Southlake estaba a unos cien pasos de la ribera, medio oculta entre los árboles. Era una bella construcción de dos plantas y un pequeño ático en el tejado de pizarra, inclinado, a dos aguas. El estilo, tal vez, estaba un tanto pasado de moda, pero quizá por lo mismo la casa resultaba más atractiva.

Slipher decidió pagar el *impuesto* a la dueña de Southlake. Con los trebejos de pesca en una mano y la cesta en la otra, se encaminó hacia la casa. Había una verja de hierro que la circundaba totalmente, empotrada la base de los hierros en una tapia de mampostería de un metro de altura. Aunque abundaban las plantas trepadoras que envolvían la mayor parte de los hierros, la casa se podía ver sin dificultad desde la verja. *Sheik* ladró casi en el acto. Slipher tocó el timbre.

Myrtle se asomó a la puerta, situada bajo una pequeña marquesina, sustentada por dos columnas cilíndricas. Vio al joven a través de la verja de entrada y corrió hacia él.

—Tráigame una fuente —gritó Slipher—. Vengo a pagarle el impuesto de pesca.

Ella sonrió suavemente y volvió sobre sus pasos. Momentos más tarde, abría la verja de hierro.

Con fingida solemnidad, Slipher colocó tres peces en la fuente.

—El impuesto de hoy —dijo.

—¿Y usted?

—Me queda otro cincuenta por ciento. Suficiente para la cena.

—No sé qué decir… Gracias, pero… le concedí el permiso sin…

—Ya ha dicho gracias; es suficiente. Pero recuerde que quien debe aquí gratitud soy yo.

—Bien, no discutamos más el asunto. Señor Slipher…

El joven observó a Myrtle. Ella parecía irresoluta, como si no se atreviera a seguir hablando.

—¿Es importante lo que tiene que decirme? —preguntó él.

—¿Ha seguido mi consejo? Me refiero al petróleo, claro está.

—No se preocupe, ya lo tengo.

—Una vez quiso entrar en mi casa y lo ahuyenté con una gran antorcha. Sea lo que sea, tiene horror al fuego.

—¿Se le podría llamar el monstruo de Black Lake?

Las facciones de Myrtle se contrajeron.

—Yo lo llamaría mejor el monstruo de Summit House —dijo.

—Charlotte McSwiswin es muy bella, no tiene nada de monstruo.

—No me refería a ella, sino a… ¿Es que la conoce usted? —exclamó Myrtle de pronto, muy sorprendida.

—Sí, y en otro momento le contaré dónde la conocí. Y usted me contará más cosas de ese monstruo. ¿Sabe?, estuve un tiempo en el Ejército, hace años. Durante un largo período actué como ayudante del fiscal de la división; luego me cansé y ocupé un puesto en los servicios de Información.

—¿Qué quiere decir eso, señor Slipher?

—Simplemente, me ha quedado el vicio de la curiosidad. Me gusta investigar… en las ocasiones que el asunto lo merece, claro.

Myrtle hizo un movimiento con la cabeza.

—Comprendo —murmuró—. Tenga cuidado —se despidió.

Slipher giró sobre sus talones y regresó a la tienda. Limpió los peces cuidadosamente y luego los guardó en el frigorífico portátil que formaba parte de su equipo.

Después se sentó en una hamaca y fumó una pipa. A veces le gustaba, sobre todo, cuando no tenía que hacer ejercicio físico. Pero, en cambio, la pipa estimulaba su intelecto. Con ella entre los dientes hacía ejercicio mental… y en la situación en que se encontraba, era algo que le convenía mucho.

Poco antes de las seis, se levantó y se aseó un poco. Luego se dirigió hacia el automóvil.

* * *

—La hora no es quizá la más apropiada para el té —sonrió Slipher.

—Puedo ofrecerle una copa, si lo prefiere mejor —dijo Rose.

—Claro, una copa.

Slipher entró en la casa, pequeña y modesta, pero acogedora y decorada con cierto buen gusto. Rose, ataviada con una seductora bata de encajes negros, le indicó un diván.

—Siéntese, ahora mismo le daré su copa, señor Slipher.

—Gracias, pero me gustaría oír mi nombre de una boca tan preciosa. Y conste que lo digo con la mejor intención del mundo.

Rose rió suavemente.

—Creo que es usted todo un hombre —dijo—, y eso que sólo le he visto unos minutos. Es amable y galante, pero también debe de ser apasionado, terriblemente apasionado. Cuando lo requiere la ocasión, por supuesto.

—¿Adivina usted el carácter de las personas a primera vista?

—Ya he cumplido los treinta años. He sufrido algunas experiencias muy amargas. Eso permite tener cierta clarividencia al juzgar a las personas, Dale.

Rose vino con dos copas en la mano y se sentó junto a su huésped.

—Por un hombre al que no le asustan los prejuicios ni las habladurías —brindó.

—Por una mujer hermosa, ahora amargada, ojalá feliz más adelante.

—¿Cree que llegaré a serlo algún día, Dale?

—No conozco nada de usted, pero posee la juventud para conseguirlo, a poco que se lo proponga.

—Sí, quizá —murmuró Rose pensativamente—. ¿A qué ha venido, Dale?

—Vacaciones. Acampo junto a Southlake. Con permiso de su dueña, claro.

—Es curioso. Myrtle no concede ese permiso tan fácilmente —alegó ella.

—Su perro simpatizó conmigo instantáneamente. Por tanto, Myrtle decidió que yo era buena persona, lo mismo que usted, sin necesidad del instinto de un mastín.

—Eso es algo que yo necesitaría en mi casa. Y ojalá fuese, más que un perro de presa, un tigre.

—¿Para mantener a raya a la gente?

—A algunos, especialmente.

—No parece sentir usted mucha simpatía por los vecinos de Fetterville —observó Slipher.

—A decir verdad, si pudiera tirar una pequeña bomba atómica sobre este maldito pueblo, sin que los contornos padeciesen sus efectos, lo haría con muchísimo gusto.

—Entonces, más que antipatía, lo que siente usted es odio hacia el pueblo. Y eso no es bueno, Rose, permítame que se lo diga.

Ella alzó las manos para atusarse el pelo un momento, haciendo con el gesto que resaltasen las curvas de su busto opulento y macizo. Pero Slipher no vio en ella coquetería, sino algo maquinal; Rose se sentía en aquellos momentos con otras preocupaciones distintas de emplear su atractivo personal.

—Tal vez tenga razón, pero es que usted no se encuentra en mi situación, Dale —contestó la mujer.

—¿Por qué no se confía un poco conmigo? —sugirió él.

—Y le cuento lo que me pasa, ¿eh?

—A grandes rasgos, naturalmente.

—Lo que me pasa se puede decir en una docena de palabras. Me casé, enviudé muy temprano y luego cometí la imprudencia de amar a un hombre que no se lo merecía. Quizá esperaba que se casara conmigo, pero ese hombre sólo pretendía lo que realmente consiguió: diversión.

—Entiendo. ¿Qué siguió después?

—Se casó con otra y yo quedé señalada como una pecadora, por no emplear otra palabra peor. Me sentí bastante defraudada, aunque, realmente no lo sentí demasiado; ahora veo que no amaba a aquel hombre de verdad. Pero las cosas se agravaron con mi conducta. Como entonces creía amarlo y, además quería casarme con él, intenté darle celos, recibiendo a otros hombres en mi casa. El resultado fue totalmente opuesto al que yo pretendía.

—Ése es un error que pertenece al pasado. ¿Por qué no mira al futuro, Rose?

Ella entornó los ojos.

—En Fetterville no hay perspectivas de futuro —contestó—. Pero es que tampoco puedo irme de aquí.

—¿Cómo? ¿Qué se lo impide?

—Heredé algo de mi primer esposo. No se puede decir que sea una mujer muy rica, pero tengo algunas propiedades. Y más de uno me debe dinero en este pueblo. Compréndalo, les sabe a cuerno quemado deber dinero a una ramera.

—Usted no es eso, Rose —protestó Slipher.

—Ellos me llaman así. Yo me río de su maldito orgullo. ¿Cómo se puede tener orgullo cuando se es pobre y se debe lo que se tiene en casa, incluso hasta el colchón donde duermen? Simplemente, les pago con la misma moneda. Nos divertimos mucho, créame. Usted debería ver la cara que ponen cuando voy a reclamarles sus deudas: vencimientos de préstamos, intereses, alquileres de viviendas… Escupen a mis espaldas cuando me voy, pero yo me llevo su dinero.

—Sorprendente —dijo el forastero—. ¿Qué hay del hombre con el que pareció iba a casarse

después de enviudar?

—Oh, es el cacique de Fetterville. Un tipo hinchado como un pellejo de perro, sin nada dentro de la cabeza y con más orgullo que todos juntos. Se llama Creigh Burndt. Si sigue mucho tiempo aquí, tendrá ocasión de reconocerlo. Todavía me mira con deseo; hay lujuria en sus ojos cada vez que nos cruzamos, pero yo vuelvo la cabeza. ¡Que se sacie con el saco de huesos que es su mujer! —exclamó Rose despectivamente—. Quería posición y dinero, y lo consiguió; pero quería también una mujer hermosa y eso no se lo iba a consentir yo.

Rose estaba muy amargada. Quizá era porque no había encontrado aún el verdadero amor… y no lo encontraría mientras persistiera en vivir en Fetterville.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Abre, Rose —gritó alguien en el exterior.

Ella se puso en pie, muy pálida.

—Otra vez ese maldito borracho…

—Tengo dinero, Rose —gritó el hombre que estaba fuera—. ¿No es dinero lo que quieres? Te daré lo que me pidas, pero déjame estar un rato en tu compañía. A fin de cuentas, dinero es lo que piden las mujeres de tu clase…

Rose dio unos cuantos pasos hacia la puerta, llena de cólera. Slipher se levantó de un salto y corrió hacia ella.

—No cometa imprudencias —aconsejó—. Déjeme a mí.

Ella respiraba afanosamente. Su pecho se movía con espasmódicos vaivenes.

Slipher abrió. Un hombre sonreía estúpidamente delante de la puerta. Apestaba a alcohol barato.

—Rose… Ah, pero si ya tienes a otro en tu casa —dijo con dificultad en la voz—. Bueno, esperaré mi turno…

—Sí, pero durmiendo —contestó Slipher.

Y disparó el puño derecho con todas sus fuerzas.

El borracho se desplomó instantáneamente. Slipher se inclinó, lo agarró por los tobillos y tiró de él, hasta dejarlo a una docena de metros de la casa.

—Ya no le molestará más, Rose —dijo al volver.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—Gracias —contestó—. A veces, Burndt envía a Anse Roundle. Lo hace sólo por molestarme, ¿comprende? Roundle es un pobre borrachín…

—¿Tan joven?

—Es un haragán. No tiene más que el cielo y la tierra… y lo que, con interesada benevolencia, le da Burndt para mantener su vicio. De este modo, Burndt dispone en cualquier momento de un esbirro, que sería capaz de hacer cualquier cosa, sin formular la menor pregunta. Y Burndt tiene muchos planes, muchos, y llenos de ambición.

—¿Por ejemplo?

Rose sonrió.

—Dale, ¿por qué no hablamos mejor de nosotros mismos, en lugar de amargarnos con las ambiciones de Burndt?

—No hay inconveniente, Rose —dijo él—. Pero ¿de qué hablamos?

Ella se sentó en el diván en una postura claramente incitante.

—Yo no tengo perro para que juzgue a las personas por su instinto, pero sí cierto ojo clínico que me dice que tú no puedes ser malo —contestó.

—No lo soy, en efecto.

—Si lo fueras, no estarías aquí, Dale. Hace mucho, muchísimo tiempo que un hombre que no es el médico de Fetterville entra en mi casa.

Slipher dio un par de pasos y se sentó junto a la mujer.

—No tengo la menor idea de lo que es la medicina —dijo.

—¿Y del amor? —preguntó Rose, insinuante.

—Sobre el amor puedo decir infinidad de cosas —musitó Slipher.

CAPÍTULO VI

Sheik ladró penetrantemente.

Slipher despertó. En la oscuridad de su tienda de campaña, consultó la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

Eran las cuatro. Había regresado al campamento un poco tarde. Rose le había entretenido, pero no lo lamentaba.

Era una mujer muy hermosa, aunque resentida con el mundo circundante. Tenía motivos para ello, ciertamente, pero…

Los ladridos de *Sheik* continuaban. Slipher agarró la botella que tenía a mano y se arrastró lentamente fuera de la tienda.

La botella estaba llena de petróleo. Sujeto al tapón, un trapo, empapado en el combustible, permitiría la inflamación del líquido una vez encendido y arrojada la botella en la dirección del peligro.

Pero Slipher había colocado previamente un sencillo sistema de alarma: el farol encendido, colgado de la rama de un árbol y sujeto al suelo muy débilmente, por un delgado cordel.

Algo se arrastraba por el suelo. *Ssss…*, oyó Slipher, sin conseguir divisar nada.

Ya tenía en la mano su encendedor. Lo usaría en el momento adecuado.

El farol se hallaba a treinta o cuarenta pasos del lago. Su tienda estaba a unos cien metros.

Debajo del farol había un cacharro con petróleo, unos tres o cuatro litros. Slipher conservaba alrededor de cinco en la lata, como medida de emergencia.

En aquel lugar, el suelo era bastante duro, guijarroso en ocasiones. La hierba empezaba casi en las inmediaciones de la tienda de campaña.

Algo hizo funcionar la trampa repentinamente. El farol se inclinó primero y luego cayó al suelo. Al romperse el vidrio, el petróleo contenido en el depósito se inflamó con gran llamarada.

Un sordo rebufo se oyó en el acto cuando el fuego se propagó al cacharro, del que brotaron instantáneamente gran cantidad de llamas. Slipher se puso en pie, empuñando la botella con mano crispada.

Aquella cosa…

No tenía forma. ¿O sí la tenía?

Era negruzca, pero podía ser debido a la noche. Quizá de día se viera de color grisáceo, plomizo, pero ahora parecía negro.

No tenía ojos, ni tentáculos, ni patas… Era una cola de redondeados contornos, de unos cuatro o cinco metros de diámetro y casi uno de grosor. Slipher percibió el horrible sentimiento de inhumanidad que se desprendía del monstruo, como un aura llena de diabólica malignidad.

Las llamas le habían hecho retroceder en silencio. No gritaba, ni gruñía, ni rugía, ni chillaba. Era la maldad en el más completo silencio, el callado horror de una cosa sin nombre, infinitamente perversa.

El monstruo volvía al lago. Entonces, Slipher arrojó la botella muy alto, con objeto de conseguir su ruptura con el impacto de la caída.

El trapo encendido describió una llameante parábola en el aire. Luego, la botella cayó, se

rompió y el petróleo derramado se inflamó en el acto.

Algunos chorros de fuego alcanzaron los bordes del monstruo, cuya velocidad se acrecentó rápidamente. Instantes más tarde, había desaparecido en la negrura de las aguas.

Entonces, Slipher se dio cuenta de que sudaba copiosamente.

La voz de Myrtle sonó a poca distancia:

—¡Señor Slipher!

* * *

Parte de las llamas habían prendido en unos matojos cercanos. Slipher apagó el fuego a mantazos.

—Lo siento —dijo—. Voy a tener que levantar el campamento. No puedo consentir que usted sufra perjuicios por mi causa.

—Hubiera sentido más que le hubiera pasado algo a usted —declaró la muchacha.

—Su consejo se reveló acertado y útil. Pero, dígame, ¿qué es esa cosa tan horrible?

Los ojos de Myrtle se volvieron hacia un punto lejano.

—Quizá en Summit House puedan responderle mejor que yo —dijo con voz opaca.

—¿En Summit? Pero ¿por qué? —preguntó Slipher, atónito.

—Vaya allí, si quiere que le den explicaciones —insistió ella.

Slipher no quiso decir a Myrtle que conocía a la condesa desde hacía algunos años. «No era el momento apropiado», pensó.

—Quizá vaya, en efecto —dijo, sin comprometerse a nada—. Pero ¿no teme usted a ese animal del infierno?

—Ya no viene por mi casa. Lo hizo en dos ocasiones. En la primera devoró a mi perro. De la pobre bestia no quedaron sino algunos huesos y las partes metálicas de su collar.

Slipher se sentía estupefacto.

—¿Qué pasó la segunda vez? —inquirió.

—Hice lo mismo que usted. Debe de tener alguna clase de memoria, porque ya no ha vuelto por mi casa.

—Parece indudable. ¿Cómo se le ocurrió a usted lo del fuego?

—¿Qué otra cosa podía hacer, si los disparos de mi pistola no le causaron el menor daño? Siempre he oído decir que los animales salvajes se espantan con el fuego.

—Sí, es cierto. Mañana compraré más petróleo, por si acaso, aunque después de lo que ha dicho usted, no parece probable una segunda visita de la bestia.

—Por si acaso, más le valdrá no confiarse. Tanto puede suceder que ese animal se atemorice, como que se habitúe al fuego o que usted llegue tarde a encenderlo. Recuerde que a mi casa fue dos veces.

—Y puede ir la tercera, no se sabe. ¿Pasó a través de la verja?

—Sí, claro.

—En ese caso, le voy a devolver el favor. Instale algún sistema de alarma sencillo, algún cascabel o campanilla, de modo que suenen apenas los roce el animal. Luego, conecte un cable

eléctrico a la verja, desde una toma de corriente de su casa. Bastará un simple interruptor para…, pero si me lo permite, yo mismo le montaría la trampa.

—Será demasiada molestia.

—Por favor, señorita Toonehan —rogó él.

Myrtle sonrió.

—Está bien, acepto encantada —dijo—. Y me alegro de que no le haya pasado nada. ¡Vamos, *Sheik*!

La joven se alejó, seguida del mastín. Slipher, insomne, encendió la pipa y se acercó lentamente a la orilla del lago.

La luna brillaba en el cielo, casi en plenilunio. Las aguas del lago semejaban un espejo de plata.

¿Qué monstruo se ocultaba bajo aquella superficie, apenas rizada por un leve soplo de brisa?

Según Myrtle, la solución estaba en Summit House. Bien, sería cosa de hacer una visita a la hermosa dueña de la casa de la cumbre.

* * *

Cuando pasaba con el coche, a marcha moderada, oyó una voz que pronunciaba su nombre:

—¡Eh, Dale!

Slipher volvió la cabeza. Asomada a una de las ventanas del primer piso de su casa, Rose Morris le hacía señas con la mano. El joven frenó.

—¿No me aceptas una taza de café? —invitó ella.

—Está bien —aceptó Slipher, a la vez que arrimaba el coche al pequeño espacio que había ante la casa.

Se apeó. Rose le aguardaba ya en la puerta.

—Eres un mal caballero —le dijo, con tono de fingido reproche—. Mira que pasar de largo, sin detenerte un segundo a saludarme…

—Mujer, pensaba hacerlo a la vuelta —mintió él.

—Prefiero tenerte ahora; ya eres una cosa segura —rió la joven—. Anda, siéntate, el café estará dentro de cinco minutos. ¿O no puedes perder tanto tiempo conmigo?

—Y también más, si me lo ordenas.

—Eres galante, pero traicionero. —El coqueteo de Rose era fácilmente perceptible—. Contigo, ninguna mujer está segura, Dale.

—¿Te sientes perdida a mi lado?

—Totalmente. —Ella estaba en la cocina y se volvió para dirigirle una ardiente mirada—. Perdida hasta el tuétano de los huesos —añadió.

—Exageras un poco, pero…

En aquel momento, llamaron a la puerta. Rose se disculpó.

—Perdona un momento —murmuró.

Salió de la cocina, cruzó la sala y abrió. Un hombre alto, delgado, de ropas oscuras y cara fúnebre, apareció en el umbral.

—¿Señora Morris? —dijo, a la vez que se descubría cortésmente.

—¿Por qué pregunta algo que sabe de sobra? —dijo Rose, con acento nada amable—. ¿Qué tripa se le ha roto ahora a su amo, señor Sharrod?

—El señor McSwiswin me envía a recibir la respuesta a la proposición que la formuló hace un par de semanas —dijo el desconocido, sin variar de expresión.

—Me encontré al señor McSwiswin en la calle, hace algunos días, y se lo dije a él personalmente. ¿Por qué me envía entonces a su esbirro?

—Señora Morris, yo…

—Basta —cortó Rose, muy irritada—. Dígale a ese conde de pacotilla, que no vendo ni venderé el terreno que él desea. Y, por supuesto, a él menos que a nadie.

¡Blam!

La puerta se cerró con violencia. Slipher tuvo tiempo, sin embargo, de ver el salto atrás que dio el sujeto de la cara fúnebre, para evitar que la madera le aplastase las narices.

Rose se volvió hacia él. Su pecho, de curvas opulentas, se agitaba con violentos espasmos.

—Canalla, miserable, traidor, condenado hijo de perra —dijo a media voz.

—Estás muy encolerizada, Rose —observó Slipher—. ¿Tienes algún motivo especial contra McSwiswin?

Rose le dirigió una penetrante mirada.

—Con ese hombre debiera haberme casado, a juzgar por lo que me dijo hace años —contestó.

—Y ahora estás ofendida con él, porque se casó con la condesa —supuso Slipher.

—No. Para entonces, yo ya sabía que no se casaría conmigo. No me importa quién sea su esposa, ni la deseo ningún mal; ella no es culpable de la canallada de su marido. Pero McSwiswin me hizo una mala pasada, y mientras yo viva, él no tendrá los terrenos que ambiciona.

—Me disgusta verte así, Rose. Querría que todo fuese mejor para ti.

Ella dulcificó su expresión con una cálida sonrisa.

—No te preocupes, Dale —contestó—. A fin de cuentas, esto no va contigo. Y, por cierto, iba a ofrecerte un café cuando llamó ese esbirro.

—¿Esbirro? Me dio la impresión de que era un mayordomo.

—Por lo menos, desempeña ese papel. Pero quizá también otros peores, de los que la gente no tiene conocimiento. Rory Sharrod no es tipo del que se puede fiar nadie, te lo aseguro.

Rose terminó el café y salió de la cocina con una bandeja en las manos. Para llenar las tazas, tuvo que inclinarse y lo hizo con un gesto claramente insinuante.

—¿Tienes mucha prisa, Dale? —preguntó, con un susurro.

Slipher no pudo contestar. Por segunda vez en pocos minutos, volvían a llamar a la puerta.

Rose soltó una exclamación de enojo:

—¿Quién será el inoportuno que viene a interrumpir en el momento mejor? —rezongó, mientras cruzaba la sala nuevamente.

CAPÍTULO VII

El hombre alto y corpulento, con claros indicios de una próxima e irremediable obesidad, preguntó:

—Vengo a verte, Rose. ¿Puedo pasar?

—Ahora no, tengo visita, Creigh —respondió ella, desabridamente.

Slipher, sentado en el diván, tomaba su café con aire apacible. Pero con el rabillo del ojo estudiaba al recién llegado.

—Ah, no sabía que tuvieras visita —dijo Burndt—. Volveré otro rato, Rose.

—No te molestes. Demasiado sabes lo que vas a oír.

Burndt sonrió con expresión un tanto fanfarrona.

—Esta vez, vengo a mejorar mi oferta —dijo.

—¿Cien mil?

—¡Rayos! Rose, esas tierras no valen ni la décima parte.

—Es una evaluación que has hecho por ti mismo, pero sin contar conmigo, Creigh. Para mí valen la cifra que acabo de mencionar. Si traes ese dinero, tendrás mis tierras. De lo contrario, no te molestes en volver.

—Pides cien mil porque sabes que no te los daré. Ni el conde tampoco —dijo Burndt, rabioso.

—¿Quién sabe? Ese trozo de terreno está muy solicitado. Soy libre de venderlo al precio que me plazca. Si tanto te interesa, paga cien mil y lo tendrás. En caso contrario…

Rose hablaba con una mano apoyada en la jamba y la otra en una de sus henchidas caderas. En los ojos de Burndt brilló de pronto una luz de deseo.

—Rose, si quisieras, tú y yo…

Ella sonrió malévolamente.

—Acércate, Creigh —murmuró.

Incauto, el hombre cayó en la trampa. Fue un poco menos rápido que Sharrod y la puerta le golpeó en pleno rostro.

Se oyó un rugido de dolor. Luego, un pie colérico pateó la madera, pero era recia y resistió fácilmente el golpe.

Rose lanzó una estridente carcajada.

—Esta vez he conseguido aplastarle las narices —exclamó.

—Rose, ése era Burndt —dijo Slipher.

—Sí, el mismo, un redomado canalla que…

—Antes has dicho que el conde iba a casarse contigo, pero que te dejó plantada. Pero si mal no recuerdo, también dijiste algo parecido de Burndt.

Rose le dirigió una oscura mirada.

—Mis motivos contra Burndt son mayores aún que los que tengo contra el conde —respondió.

—¿Por qué, Rose?

—Burndt fue el primero.

Slipher hizo un gesto de asentimiento. Ya había terminado el café y se puso en pie.

—¿Te vas? —preguntó Rose, un tanto decepcionada.

—Lo siento —se excusó él—. Tengo algo que hacer y es ya un poco tarde.

—Te he defraudado —dijo la joven.

—No digas… Tus problemas anteriores no me preocupan, créeme. Es cierto que tengo que hacer y por eso me marcho. Lo que acaba de pasar no tiene nada que ver con mi decisión, créeme.

Rose hizo un gesto de resignación.

—Como quieras. Pero vuelve pronto, Dale —pidió.

—Descuida, preciosa.

Momentos más tarde, estaba en la tienda en la que ya había adquirido algunas cosas. Ahora iba a comprar cuanto necesitaba Myrtle para aumentar la protección en torno a su casa.

Hizo el pedido, le atendieron y pagó. Cuando se disponía a salir, entró un hombre.

—Ah, éste es el forastero que fue a visitar a Rose Morris —dijo el recién llegado, con sonrisa despectiva—. Sin duda, la fama de la señora Morris ha llegado a Baltimore, ¿no es así?

Slipher observó que la nariz de Burndt estaba enrojecida.

—Lo realmente famoso de Rose son los portazos que da a los visitantes importunos —contestó punzantemente.

La cara de Burndt se puso de pronto tan colorada como su nariz.

—Se habrá reído mucho de mí, ¿verdad? —gruñó—. Pues ahora, el que va a reír soy yo.

Y sin más, se lanzó contra Slipher, dispuesto a machacarle la nariz con uno de sus poderosos puños.

Pero Slipher contraatacó de forma inesperada, lanzándole a la cara el pesado paquete que tenía en las manos. Sorprendido, Burndt se tambaleó.

Slipher no le dejó recuperarse. Disparó el puño derecho y lo hundió en un estómago muy blando, pese a su apariencia. Burndt expulsó todo el aire de sus pulmones en un sonoro resoplido.

Pero un segundo después, otro puño se estrelló contra su mentón. Burndt cayó pesadamente hacia atrás, con los pies por alto, no inconsciente, aunque sí lo suficientemente aturdido para no poder reaccionar.

Tranquilo, Slipher recogió el paquete y salió de la tienda, sin volver a ser molestado.

* * *

Hizo la última conexión y se volvió sonriente hacia Myrtle:

—Ya está —anunció, satisfecho.

—¿Funcionará? —preguntó ella.

—Vamos a verlo ahora mismo —propuso Slipher—. Suba a su dormitorio y abra la ventana, por favor.

Myrtle obedeció. Cuando bajó, salieron al jardín.

Slipher llevaba en la mano un palito, del que pendía un trozo de cable sin aislante. Se acercó a la verja y tocó el cable con el palo, por el extremo en que estaba el cable. El otro extremo de éste tocaba al suelo.

Una chicharra sonó inmediatamente en el primer piso. Slipher retiró el palo acto seguido.

—La descarga que la bestia recibirá, si quiere pasar por la reja, no será mortal, pero la hará

retroceder. Y lo mismo sucedería con cualquier ladrón que intentase penetrar en la casa —aseguró—. Pero no se olvide de accionar el interruptor apenas se haga de noche.

Ella le miró agradecida.

—Así lo haré —prometió—. Pero, dígame, ¿cómo puedo darle las gracias?

Slipher se echó a reír.

—Tengo el vicio de la curiosidad —contestó—. ¿Cuáles son los terrenos que posee Rose Morris y que ambicionan, por lo menos, dos personas?

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Tuve ocasión de escucharlo personalmente esta tarde.

—¿Conoce a la señora Morris?

—Sí, y es una mujer muy simpática.

—Otros piensan lo contrario, señor Slipher —dijo Myrtle, envaradamente.

El joven dejó de sonreír en el acto.

—¿Usted también? —preguntó.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Myrtle, asombrada.

—Usted también se une al coro de los apedreadores. Eso no me gusta en absoluto, Myrtle.

—Por favor, no lo interprete mal…

—Dejémoslo —cortó él—. A fin de cuentas, yo no he venido aquí para mudar las opiniones personales. Me interesa saber qué hay acerca de los terrenos que se disputan Burndt y McSwiswin.

—Realmente, McSwiswin no es el dueño absoluto del lado Norte —contestó la joven—. Hay una franja de terreno, de unos tres mil metros de largo, situada al oeste de su casa, que perteneció al esposo de Rose. La anchura de ese terreno es de unos quinientos metros y termina a doscientos de la orilla del lago; pero Jim Morris, por herencia de su familia, tenía una servidumbre de paso, que el dueño de Summit House no le podía ni le puede negar. Usted, que es abogado, entenderá bien lo que quiero decirle, ¿no es así?

—En efecto —admitió él—. Y ahora, McSwiswin pretende, con la compra de esos terrenos, suprimir la servidumbre de paso, a la par que completa su posesión, es decir, la media corona en torno a Black Lake.

—Exactamente.

—Bien, pero ¿por qué Burndt pretende esas tierras?

Myrtle sonrió extrañamente.

—También quiere comprar las mías —contestó.

—Ah —dijo Slipher—. Sospecho que usted se ha negado a la operación.

—Rotundamente —confirmó Myrtle.

—¿No le hicieron una buena proposición?

—Depende de los puntos de vista. Pero no sólo hay que considerar el dinero, señor Slipher.

—Dale, por favor —rogó él—. ¿Cuáles son los otros puntos de vista?

Myrtle hizo un gesto circular con la mano.

—El paisaje —contestó—. Quedaría destruido si vendiera mis tierras a un tipo tan poco escrupuloso como Burndt.

—Creo que empiezo a comprender. Burndt pretende montar algún negocio en estos terrenos.

—Moteles, restaurantes, *campings*, gente, suciedad, latas vacías tiradas por el suelo, la hierba pisoteada y destrozada, el lago contaminado en unos pocos años… No le tengo demasiadas simpatías a McSwiswin, pero en esto es lo único que él y yo estamos de acuerdo —manifestó la muchacha.

—Y yo les alabo el gusto y el valor de mantener sus propias convicciones —dijo Slipher—. Pero pueden presentarse circunstancias que obliguen a mudar de opinión.

—¿Qué circunstancias? —preguntó Myrtle.

—Digamos… económicas.

Myrtle se quedó pensativa de repente. Al cabo de unos segundos, contestó:

—Ese caso no se presentará.

Pero había una nota de inseguridad en su voz. Slipher se dijo que, en efecto, Myrtle debía de verse envuelta en dificultades económicas, y si éstas llegaban a hacerse algún día invencibles, no le quedaría otro remedio que vender sus tierras a alguien que, por ambición de lucro, daría al traste con el paisaje en muy pocos años.

—Lo celebro, Myrtle —dijo, gravemente.

* * *

El vehículo se detuvo a poca distancia de la casa. Fetterville, sumida en el más completo silencio, parecía una ciudad muerta.

Dos hombres se apearon del vehículo, una furgoneta rural de buenas dimensiones. Uno de ellos levantó la puerta posterior. El otro colocó una improvisada rampa, hecha a base de dos tablones de unos tres centímetros de longitud.

Luego, los dos hombres, lenta y cautelosamente, hicieron bajar por la rampa un cajón de forma casi cúbica y de un material que semejaba vidrio, opaco y muy resistente. El cajón se apoyaba en unas ruedas de unos veinticinco centímetros de diámetro.

Lentamente, empujaron el cajón por un terreno herboso, hasta situarlo detrás de la casa que se hallaba en el punto más extremo de la población. Una vez allí, uno de los dos hombres sacó una barrena de gran tamaño, cuyas espiras tenían más de dos centímetros de grosor, y apuntando a la parte baja de la puerta de madera, empezó a hacerla girar en el acto.

La barrena, bien encerada, actuaba sin el menor ruido. Momentos más tarde, quedó listo el orificio.

La caja se acercó todavía más a la puerta.

—Abre ya —ordenó uno de ellos.

El otro dudó.

—¿No… no se revolverá…?

—No temas —rió el primero, sin estridencias—. Saldrá y volverá aquí con toda seguridad.

—Eso espero —dijo el otro—. Cada vez que veo esa cosa, me entran sudores de muerte.

—Está bien domesticada, no se preocupe.

En la parte inferior de la caja había como una trampilla, que el hombre levantó suavemente. Algo salió por el orificio y serpenteó unos instantes en el aire.

—Anda, anda —susurró el primero—. Arriba hay comida, mucha comida…

La cosa llegó al orificio circular y se alargó sin dificultad alguna, para poder pasar a su través. Los dos hombres contemplaban la operación morbosamente fascinados.

—¡Cómo me gustaría verlo! —dijo el primero.

La luz de la luna dio en sus dientes y le hizo parecer en su cara la risa de una calavera.

* * *

En su habitación, Rose Morris dormía profundamente. De pronto, algo la despertó.

Rose pensó inmediatamente en la puerta cuyas bisagras debía haber engrasado hacía tiempo. Realmente, el ruido no era muy fuerte, y durante el día no la molestaba, pero durante la noche sonaba con bastante fuerza.

—Mañana aceitaré…

Pero de súbito se dio cuenta de que si chirriaban las bisagras era porque alguien abría la puerta.

Estaba sola en la casa y no había viento que justificase el giro de la puerta. ¿Quién trataba de penetrar en su habitación?

Una oleada fétida, insufrible, llegó a su rostro. Llena de pánico, encendió la luz.

Entonces vio la cosa junto al borde de la cama.

Rose emitió un alarido horripilante. Pero casi en el mismo momento, la cosa se arrojó sobre ella y la envolvió en sus repugnantes pliegues.

Debajo de aquel horrible ser, Rose se debatió ferozmente, sintiéndose pinchada por millones de agujas. Un terrible calor invadió su cuerpo, pero unos segundos más tarde, dejó de percibir sensaciones.

Ya no sabía que era solamente un cadáver que se disolvía con extraordinaria rapidez en el seno del monstruo silencioso.

CAPÍTULO VIII

Riendo estúpidamente, Anse Roundle se acercó a la verja. En las manos llevaba una lata de petróleo y una cuerda.

Con ésta pensaba salvar la verja y pasar al otro lado. Le habían ordenado que pegase fuego a la casa. Nada le haría disfrutar más que ver las llamas del incendio desde lugar seguro.

Lo malo era que la verja se hallaba relativamente apartada de la casa. De otro modo, hubiera podido arrojar la lata por encima de los agudos pinchos de la parte superior. Pero confiaba en salvar el obstáculo; con un poco de cuidado, pasaría al otro lado y…

Puso la lata sobre la tapia y se dispuso a lanzar la cuerda. Roundle pensó que una escalera de cuerda hubiera resultado mejor, pero el hombre que le había enviado allí tenía prisa y Fetterville era población donde no se encontraban fácilmente cosas inusuales.

Para hacerlo con más comodidad, se dispuso a trepar sobre la tapia que servía de basamento a la verja. Alargó la mano y asió uno de los hierros.

Una violenta sacudida recorrió su cuerpo. El choque resultó tan fuerte, que Roundle no pudo evitar un grito de dolor, a la vez que caía hacia atrás.

En el interior de la casa sonó un timbre. Myrtle se sentó de golpe en la cama.

Slipher hizo lo mismo bajo su tienda. Inmediatamente, requirió la botella llena de petróleo que tenía al alcance de la mano.

—Vuelve la cosa —exclamó, sin poder contenerse.

Pero, de pronto, pensó que el monstruo no gritaba como las personas. Algo ocurría, totalmente fuera de lo calculado.

Salió corriendo de la tienda. En la ventana de su dormitorio, Myrtle gritó:

—¡Ahí va!

Slipher divisó una sombra oscura que se movía con rapidez. Roundle, repuesto de su caída, no provocada directamente por la fuerza de la sacudida eléctrica, había puesto pies en polvorosa.

El joven trató de interceptarle. Roundle lo atropelló violentamente y siguió su camino, desapareciendo instantes más tarde entre los árboles.

Slipher se puso en pie.

—¡Myrtle! —gritó.

—Estoy bien —contestó ella.

Slipher decidió acercarse a la casa. Myrtle bajó al jardín momentos más tarde, con una linterna en la mano.

—Esta vez no era el monstruo —dijo al otro lado de la verja.

—Gritó. Me parece que debía de ser un ladrón —opinó Slipher.

—¿Lo cree así?

La luz de la lámpara cayó de pronto sobre la lata y la soga. Slipher respingó.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Pero no se atrevía a tocar la lata. Myrtle dijo:

—He desconectado la corriente.

Entonces, Slipher destapó el recipiente.

—Gasolina —dijo.

—Sí —confirmó Myrtle, llanamente.

Los ojos del joven fueron hacia la cuerda que pendía de los hierros.

—Parece como si alguien hubiese intentado penetrar en el jardín —observó.

—Exactamente. Es más, me imagino quién quiso pegar fuego a mi casa.

—¡Cómo! Ha dicho…

—En efecto. Sospecho que fue Roundle, ese pobre diablo que trabaja para Burndt y que hace cualquier cosa que éste le ordene. Usted ya sabe que Burndt pretende mis tierras.

—Y quemándole la casa, cree que la obligaría a abandonar, porque luego no tendría usted dinero suficiente para reedificarla.

—Una deducción muy acertada —concordó la muchacha.

Slipher entornó los ojos.

—Ayer tuve un pequeño encuentro con Burndt —dijo—. No sé por qué, me parece que no va a ser el último.

—¿Conoce a Burndt? —preguntó Myrtle, súbitamente interesada.

Slipher relató la forma en que se había producido tal conocimiento y el choque habido en la tienda. Myrtle se sintió muy preocupada.

—Burndt es el cacique del pueblo —dijo—. No sólo tiene influencias sino que, además, es un sujeto carente de escrúpulos.

—Tengo noticias al respecto. Puede que él reciba las mías, sobre todo si está usted segura de que ha sido Roundle el que ha intentado pegarle fuego a la casa.

—Las posibilidades de error son mínimas —contestó Myrtle, con firme acento.

Slipher volvió la cara hacia el lago espejeante a la luz de la luna.

—No, no ha sido el monstruo —dijo con acento de preocupación—. Me pregunto dónde estará ahora y cuál será su próxima víctima.

Slipher encontró la respuesta a sus dudas a la mañana siguiente.

* * *

Pensaba visitar a Burndt y amedrentarlo de tal modo que no volviera a molestar a Myrtle. Bien mirado, Burndt era sólo un mísero cacique de pueblo y Slipher tenía medios para meterle el resuello en el cuerpo, sin necesidad de recurrir a los puños.

Y lo haría, seguro. Myrtle le había resultado extraordinariamente simpática y quería ayudarla en sus apuros.

Entraba ya en el pueblo, cuando, de pronto, divisó un numeroso grupo de gente ante la casa de Rose.

El hecho no sólo atrajo su atención, sino que le llenó de aprensiones. Conociendo la fama que se achacaba a Rose, pensó en el primer momento que el grupo allí congregado estaba compuesto por tipos puritanos y fanáticos, decididos a causar algún grave daño a la joven.

Paró el coche. En el primer momento, nadie reparó en él. Así pudo escuchar claramente algunos excitados comentarios:

—Esto no puede continuar así.
—Hay que acabar con ella.
—La condesa es culpable.
—El fuego, el fuego… Una buena hoguera…
Slipher abrió la portezuela y saltó al suelo. Las frases que escuchaba no parecían precisamente dirigidas contra Rose.
Con grandes esfuerzos, logró franquear el círculo de curiosos y penetró en la casa. Subió al piso superior y llegó al dormitorio de Rose, en el que había tres o cuatro individuos.
Uno de ellos era Burndt. El otro era el policía local, un sujeto irresoluto y temeroso, a quien el cargo, indudablemente, le venía demasiado ancho.
—Llamaré al *sheriff* del condado.
—Esto lo arreglaremos nosotros sin necesidad de *sheriff* ni de cosa que se le parezca —exclamó Burndt, coléricamente—. Rose ha muerto de una manera horrible. ¿Vamos a permitir que nuestra esposa, nuestros hijos, nosotros mismos, en fin, corramos la misma suerte?
Slipher se estremeció al escuchar aquellas palabras. En aquel momento, un hombre, sin duda el médico del pueblo, decía:
—Ya no hay motivos para equivocarse en el diagnóstico. Esos huesos son todo lo que queda de la pobre Rose Morris.
Slipher miró hacia la cama. Inmediatamente, se sintió acometido por una violenta náusea.
Una calavera, los omoplatos, las costillas, la pelvis… ¿*Aquello* había sido la hermosa y sensual Rose Morris?
—Lo arreglaremos ahora mismo, cuanto antes mejor; no podemos perder ya un minuto —gritó Burndt.
Giró sobre sí mismo y tropezó con el asombrado forastero.
—¿Usted? —se burló de él—. Le gustaba Rose, ¿verdad? Bien, ahora puede besar su calavera.
Empujó despectivamente a Slipher y salió de la habitación. Freel, el alguacil, trató de detenerlo en vano:
—¡Creigh, no cometa una tontería!
Pero Burndt se hallaba ya en la calle, arengando a los curiosos.
—Vamos, hombres de Fetterville, ¿vais a dejar que esa maldita mujer nos devore uno a uno? Tenemos armas, rifles, escopetas, pistolas… ¡Acabemos con el monstruo de una vez!
Un rugido colectivo fue la respuesta a las excitantes palabras de Burndt. Slipher quiso decir algo, pero no llegó a pronunciar una sola palabra; claramente se daba cuenta de que no sería oído por aquella colérica muchedumbre.
Rose, viva, había sido despreciada y ultrajada. Ahora, alguien la convertía en un símbolo, bandera que enarbolaba para lanzar a la gente a la batalla de la justicia.
Pero aquella bandera, Slipher lo sabía muy bien, era sólo la máscara con la que Burndt ocultaba sus ambiciones.
La voz de Burndt se dejó oír de nuevo, poderosa y atronadora, sobre el griterío en general:
—¡Armémonos, amigos, y dentro de quince minutos, todos aquí para marchar sobre la guarida del monstruo!

Un alarido general fue la respuesta a las palabras de Burndt. En unos segundos, el espacio que había ante la casa de Rose quedó solitario y desierto.

Sólo permanecieron allí dos hombres. Slipher y el provocador. Burndt se disponía también a marcharse, cuando de repente reparó en Slipher.

—Ah, el forastero —dijo, sonriendo torvamente—. Habrá oído mis palabras, supongo. No pido nada, excepto justicia.

—Y los terrenos de Rose Morris.

Una llama de cólera apareció ante los ojos de Burndt.

—Mis asuntos personales no cuentan ahora ante el interés común —respondió altaneramente.

—Y las tierras de Myrtle Toonehan —añadió Slipher, sin variar de actitud.

—¿Qué le importan a usted mis cosas? —gritó Burndt, descompuesto—. Métase en sus asuntos.

—¿Se puso Roundle guantes en las manos cuando fue anoche a quemar la casa de Myrtle? El metal de una lata llena de gasolina es muy idóneo para conservar las huellas dactilares, ¿no le parece?

Burndt lanzó un rugido de cólera y se abalanzó contra el joven. Slipher le aguardó a pie firme.

Su adversario era un hombre fuerte, pero de músculos poco cultivados, aparte de que no tenía la menor idea de lo que era la esgrima de boxeo. Imponía a los que eran más pobres o menos fuertes que él, pero no a quien, como Slipher, sabía mantener la serenidad y no le importaba en absoluto la posición de Burndt.

Pensando en Myrtle, Slipher castigó las narices que ya habían sido castigadas por una puerta. Luego, sin volver la cabeza un momento, subió al coche y lo puso en marcha.

Pero al hacerlo girar para tomar la dirección de Summit House, divisó forzosamente a Burndt. Estaba caído en el suelo y tartajeaba palabras ininteligibles, envueltas en la sangre de su nariz y sus labios partidos por los golpes recibidos.

Slipher pensó que a Myrtle le habría gustado también ver al individuo. Pero casi en el acto apartó aquellas ideas de su mente.

Rose había sido su amiga. También Charlotte. Y ahora, fuesen cuales fueren sus culpas, si realmente existían, debía proteger a esta última de las iras de unos aldeanos excitados e ignorantes.

CAPÍTULO IX

Sharrod, el impasible mayordomo, abrió la puerta de la verja que cerraba el acceso a Summit House.

—¿Señor? —dijo con glacial cortesía.

—Soy Dale Slipher, de Baltimore. Anúncieme a la condesa, por favor.

—Perdón, señor; *madame la comtesse* no puede…

—¡Al diablo! —exclamó Slipher, furibundamente, a la vez que apartaba al hierático mayordomo de un empellón—. En estos momentos no podemos pensar en el protocolo.

Y echó a correr hacia el camino de largos y anchos peldaños, que, salvando las terrazas ajardinadas en línea recta, permitía ascender de modo directo hasta la casa, en lugar de seguir la serpenteante carretera que se utilizaba para los automóviles.

El arquitecto había sido hombre hábil e ingenioso, porque aquella curiosa disposición del sendero evitaba la fatiga. En unos segundos, Slipher se situó a pocos metros de la puerta principal.

Justamente en aquel momento, un hombre salió de la casa, sujetando con la mano derecha las correas de una traílla de tres enormes perrazos negros, que gruñían sordamente. Slipher vio a los canes y se detuvo en seco.

—Caballero —dijo Raymond McSwiswin.

Slipher contempló durante unos instantes al esposo de Charlotte. Era un tipo aún más alto que él, delgado, de unos cuarenta años y con el rostro lleno de minúsculos hoyos, procedentes de alguna remota viruela. En la piel gris de una cara de rasgos duros y fríos, aquellas cicatrices causaban el efecto de formar parte integrante de un rostro esculpido en granito.

—McSwiswin, supongo —dijo Slipher, tras apenas un segundo de pausa.

—En efecto. Y usted es…

—Dale Slipher. Señor McSwiswin, tengo algo importante que comunicarle…

El mayordomo llegó en aquel momento muy agitado.

—Suplico al señor me perdone. No he podido evitar que este caballero penetrase…

Una ligera sonrisa apareció en el rostro de McSwiswin.

—Déjalo, Sharrod —dijo con falsa blandura en la voz—. Sin duda el señor Slipher tiene algo muy interesante que comunicarme.

—Como ordene el señor —dijo Sharrod, respetuosamente.

Y se retiró, dejando a los dos hombres a solas.

—¿Y bien, señor Slipher?

—Deseo ver a su esposa, señor McSwiswin —manifestó el joven.

—Lo siento. Mi esposa se encuentra indispuesta y no se halla en situación de recibir visitas. Charlotte me ha hablado de la amistad que les unió en tiempos, de modo que si desea decirle algo, yo se lo transmitiré con muchísimo gusto.

Slipher comprendió en el acto que McSwiswin no quería que viera a su esposa. Pero aquello carecía de importancia en tan críticos momentos.

—Muy bien —dijo—. A fin de cuentas, no iba a decir nada que usted no debiera escuchar. Los vecinos de Fetterville están muy soliviantados y se han reunido para venir aquí y matar a su

esposa, a la cual acusan de crímenes horrendos. Yo no creo que Charlotte sea culpable de nada de lo que se le imputa, pero me ha parecido prudente tenerles prevenidos de la situación.

Una burlona sonrisa apareció en los labios de McSwiswin.

—Le estoy muy agradecido por el aviso, señor Slipher, pero, créame, sabré protegerme de las iras de esos brutos fanáticos —contestó.

* * *

—Son muchos. Vendrán armados con escopetas, rifles…

McSwiswin seguía sonriendo. De pronto, se oyó a lo lejos un sonoro clamoreo de bocinas de automóvil.

—Ya están ahí —exclamó Slipher—. No veo cómo va a poder contener usted a esa masa furibunda, capaz de cometer las mayores salvajadas.

—Es una masa amorfa, compuesta por una serie de animales inferiores, de cuyo calificativo no les excluye el hecho de que se sostengan sobre dos extremidades —dijo McSwiswin, con burlón desprecio—. Pero si quiere ver cómo les mantengo a raya, puede acompañarme; no le pondré ningún obstáculo.

La tranquilidad de McSwiswin impresionó a Slipher considerablemente. Pese a las aprensiones que sentía, se dijo que sí, que resultaría interesante ver cómo rechazaba a la muchedumbre de amotinados.

—¡Sharrod! —llamó McSwiswin de pronto, sin volver la cabeza—. Voy a la entrada del parque. Actúe en la forma que le tengo ordenada para casos como el presente.

—Bien, señor —sonó la voz del mayordomo en el interior de la casa.

McSwiswin hizo un ademán con la mano izquierda.

—Por aquí, amigo Slipher —invitó cortésmente.

Los perros gruñían y se agitaban sin cesar, aunque la firme mano de su dueño les mantenía sujetos a la traílla. *Sheik* era un perro enorme, pero en una lucha con cualquiera de aquellos canes, llevaría siempre las de perder.

«Parece que lleve atados a tres diablos», pensó, con un escalofrío de temor.

Los canes ladraban estruendosamente. McSwiswin descendió sin demasiadas prisas por el camino de escalones, seguido de Slipher. Momentos después, llegaban a la puerta de hierro que cerraba el acceso al recinto.

McSwiswin atisbo un instante a través de la mirilla. Luego se echó un poco a la derecha y presionó un botón.

Las dos hojas de la puerta se descorrieron silenciosamente a ambos lados. Casi en el mismo momento, se detenía el primer coche a menos de veinte pasos de distancia.

—¡Ahí está! —gritó uno.

Había incluso un par de tractores, empleados como medio de transporte por aquellos excitados sujetos. McSwiswin, sin soltar a los canes, que se agitaban coléricamente, se situó frente a la puerta.

Burndt capitaneaba el grupo, compuesto por más de una cincuentena de hombres, armados en

su mayoría. Dio unos cuantos pasos, y, altanero, se detuvo a cuatro metros de McSwiswin.

—Sus perros no me dan miedo, Mac —dijo despectivamente—. Tengo un revólver en la mano y no soy el único que está armado.

—¿Está seguro de no temer a los canes, Creigh? —preguntó, burlón, el dueño de la casa—. ¿Quiere que suelte a uno de ellos solamente?

Burndt carraspeó.

—Dispararía primero contra usted.

—Llevo chaleco blindado. El tiempo que emplease en hacer fuego contra mí, sería el necesario para que uno de estos perros saltase a su garganta y lo degollase de una sola dentellada. ¿Qué es lo que quiere, Creigh? ¿Por qué no habla claro de una vez?

—¡Su esposa! —chilló Burndt—. Ha asesinado a una mujer en Fetterville. Debe morir.

Un griterío general coreó las últimas palabras del sujeto. Slipher no las tenía todas consigo y empezó a temer lo peor.

Pero McSwiswin no parecía conocer el miedo.

—¿Quién ha muerto? —preguntó.

—Rose Morris, y su esposa…

—Creigh, ¿por qué no les habla claro de una vez a sus amigos? —cortó secamente el dueño de Summit House—. ¿Por qué no les dice que la vida de Rose Morris y aun la de mi esposa le tiene sin cuidado y que lo único que le interesa es ciertos terrenos cuya posesión ambiciona desde hace mucho tiempo?

Burndt se sonrojó vivamente.

—Eso no tiene nada que ver.

—Usted quería comprar las tierras que Rose tenía enclavadas en las mías. Incluso, si yo accediera, también compraría mi propiedad, naturalmente, a un precio irrisorio, porque carece del capital suficiente para pagar el precio justo. Ande, dígaselo así a sus amigos; hábleles claro, que todos conozcan la clase de sujeto despreciablemente ambicioso que es usted.

El revólver tembló en la mano de Burndt.

—Mac, una palabra, sólo una palabra más, y le meteré estas seis balas en el cuerpo —dijo rabiosamente.

McSwiswin se burló de él.

—Sería un error, un error trágico por su parte —contestó.

—Usted morirá primero; luego, su diabólica esposa…

Gritos de cólera brotaron de la muchedumbre.

—La vampiresa debe morir.

—Colguémosla, tenemos cuerdas de sobra.

—¡La hoguera, la hoguera! —clamaron otros.

Un nutrido grupo de hombres dio unos pasos hacia adelante. McSwiswin no se inmutó.

—Sharrod —dijo sin volver siquiera la cabeza—, hazles una demostración a estos caballeros.

—Sí, señor —contestó el impasible mayordomo.

Al mismo tiempo que hablaba, McSwiswin se había apartado de la entrada. Un segundo más tarde, y antes de que nadie pudiera prever lo que iba a ocurrir, tableteó una ametralladora.

* * *

Slipher se sobresaltó.

Instintivamente, volvió la cabeza y divisó a Sharrod arrodillado tras el afuste de una ametralladora pesada, situada a diez o doce metros de la puerta y a unos tres de altura sobre el nivel del suelo en la entrada. El arma, no cabía duda, había sido fabricada para el ejército, pero allí estaba, vomitando fuego por su boca.

Las balas silbaron malignamente por encima de las cabezas de los levantiscos. Apenas se oyeron los primeros estampidos, se produjo una desbandada general.

En un instante, quedó despejado el terreno. Sólo un hombre se mantuvo firme: tras el primer momento de sorpresa, Burndt había comprendido que la ametralladora era solamente un medio de intimidación.

—Como habrá podido apreciar, Creigh, ni siquiera he tenido necesidad de soltar a los perros —dijo McSwiswin, burlonamente—. De momento, Sharrod ha disparado al aire, porque no es mi intención causar víctimas inocentes. ¡Pero tire ahora mismo su revólver al suelo o Sharrod le partirá por la mitad!

Hubo un momento de silencio. Burndt miró hacia la ametralladora. La boca del arma descendió lentamente. Detrás, Sharrod le miraba por encima del cañón.

Los demás se habían apartado prudentemente a unos cincuenta o sesenta pasos, procurando situarse fuera del campo de tiro de la ametralladora. El silencio era absoluto.

De pronto, Burndt aflojó los dedos. Un revólver chocó contra las losas.

—Volveremos a vernos, Mac —dijo, tratando de salvar la faz.

—Dudo mucho de que nuestro encuentro sea tan pacífico, Creigh —contestó McSwiswin—. Aunque me parece quizá nos veamos ante el tribunal donde se subaste cierto trozo de terreno que, muerta su dueña, carece ahora de propietario legal. Rose no tenía herederos, ¿verdad?

Slipher vio que la cara de Burndt adquiría un pronunciado tinte escarlata. De pronto, Burndt se volvió hacia él.

—Estoy seguro de que usted ha venido a avisarles de lo que íbamos a hacer —exclamó.

—Acaba de acertar un pleno —contestó Slipher, tranquilamente.

—Lo tendré en cuenta —dijo Burndt.

Y ya no habló más. Giró sobre sus talones y se alejó hacia su automóvil.

Segundos más tarde, el lugar quedaba desierto. McSwiswin se echó a reír.

—Han corrido como liebres —dijo—. Fíjese, Slipher: hay zapatos abandonados, sombreros, un par de escopetas… ¡Pandilla de cobardes!

—Fueron soliviantados por Burndt, no cabe la menor duda —manifestó Slipher, pensativamente—. Pero la muerte de Rose, ¿no le beneficia a usted también, señor McSwiswin?

El dueño de Summit House se irguió.

—Señor Slipher, ése es un asunto que no le concierne a usted en absoluto —contestó fríamente.

—Cierto, ya que no tengo ambición de poseer tierras en esta comarca. Pero no puedo evitar

sentirme preocupado por los acontecimientos.

—Y tal vez también por mi esposa.

—Sí —admitió el joven, sin pestañear.

—Charlotte me ha hablado de la amistad que les unió en tiempos. Le haré saber sus sentimientos de ansiedad hacia ella, aunque debe saber que son absolutamente infundados.

—Me gustaría oír de sus labios que se siente tranquila, señor McSwiswin.

—Ya lo ha oído de los míos. Y yo soy el esposo de Charlotte.

Era una contestación que excluía cualquier posible contrarréplica. Slipher lo entendió así.

—Acampo junto a Southlake —declaró—. Le ruego me indique el momento adecuado para visitar a *madame la comtesse*.

—Cuando mi esposa se sienta mejor, recibirá usted el aviso oportuno. Créame —añadió McSwiswin—, estoy muy agradecido por su gesto al venir a advertirme de lo que pensaban hacer los hombres de Fetterville. Pero eso es todo por hoy. Buenos días, señor Slipher.

—Buenos días —se despidió el forastero secamente, sintiendo en las mejillas el rubor de la derrota.

CAPÍTULO X

—Charlotte me preocupa —dijo Slipher.

Myrtle llenó una taza de té y se la entregó. Slipher puso un par de terrones de azúcar y empezó a removerlo pensativamente.

—¿Dónde la conoció usted? —preguntó Myrtle.

—En Berlín, cuando yo era asesor jurídico de mi división. Luego pasé al Servicio de Información… Ella es de origen húngaro, pero nacida en Alemania. Poseía una fortuna bastante considerable, que logró salvar en su mayoría.

Slipher miró a la muchacha.

—No tengo nada que ocultar —añadió—. Charlotte y yo nos amamos, aunque resultó evidente que no habíamos nacido el uno para el otro. La separación se produjo sin daño ni dolor para ninguno de los dos. Pero guardo un buen recuerdo de aquella época y siempre me gusta ayudar a las personas a quienes tengo afecto.

—Comprendo —dijo Myrtle—. ¿Significa eso que cree a Charlotte en peligro?

—No lo sé. La actitud de McSwiswin no me gusta en absoluto. Parece atractivo y quizá Charlotte pudo sentirse atraída hacia él. ¿Qué era McSwiswin antes? ¿A qué se dedicaba? ¿Qué hacía?

—Tengo entendido que fue profesor de biología en una universidad —respondió la muchacha—. Él no es ni ha nacido en la comarca. Simplemente se estableció aquí hará tres o cuatro años. Con su esposa, naturalmente.

—Pero Summit House le pertenecía ya, me parece.

—A su familia. Según mis informes, pertenecía a otra rama de los McSwiswin y pasó a él por herencia. La propiedad estaba muy descuidada y Raymond la puso en condiciones de habitabilidad, además de reparar y reconstruir el parque. Debió de gastarse mucho dinero, cosa que nadie se explica de dónde pudo sacar.

Slipher terminó su taza de té.

—Recuerde la fortuna personal de Charlotte —dijo.

—Sí, eso lo aclara todo. Pero ¡han pasado cosas tan extrañas y tan horribles desde que ese hombre vino a vivir aquí!

—Entre ellas, la muerte de Rose Morris.

—Eso es obra de la bestia —dijo Myrtle—. Y, créame, hay veces en que yo también pienso que ese horrible animal es Charlotte.

—¡Cómo! —Se escandalizó él.

—No soy supersticiosa, Dale, aunque en ocasiones me siento inclinada a creer en cosas disparatadas.

—Myrtle, conozco bien a Charlotte. No piense mal de ella. Es una mujer como otra cualquiera. Incluso diría que no se siente feliz casada con McSwiswin; pero, en todo caso, ella no tiene la culpa de lo que sucede en Summit House. La conozco bien y sé lo que me digo.

—Pero no ha hablado con ella.

—Su esposo no me lo ha permitido. Eso es lo que me extraña… y me preocupa al mismo

tiempo.

—¿No tiene medios de ver a Charlotte sin que su marido lo sepa?

—Como no salte la tapia de Summit House… Pero me imagino que McSwiswin soltará los perros durante la noche.

—Sí, es lógico. Y, sinceramente, también a mí me gustaría ver lo que pasa allí. Deseo que se aclare cuanto antes y que se destruya a la bestia que tanto daño ha causado.

—A usted le mató un perro, me parece.

Myrtle le miró largamente.

—Me hizo más daño que la muerte de un buen animal —contestó.

—¿Cómo? —Se asombró él.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Myrtle se puso en pie.

—No lo saben muchos —manifestó—. La inmensa mayoría cree que sufrió un ataque de apoplejía y que no puede moverse del lecho, pero la verdad es muy distinta. Sígame, por favor.

Extrañado, Slipher caminó detrás de la muchacha en dirección a una estancia situada en el piso superior. La mujer que hacía de ama de llaves en Southlake y que actuaba siempre con singular discreción, se asomó un momento a la puerta de la cocina, pero se retiró inmediatamente, sin decir una sola palabra.

—Annie es una mujer maravillosa —elogió Myrtle, mientras subían la escalera—. Nadie que no fuese ella habría permanecido aquí, con una abnegación y un espíritu de sacrificio que no agradeceré jamás lo suficiente. De no haber sido por ella…

Myrtle calló, sin concluir la frase. Momentos más tarde, se detenía ante una puerta, que abrió sin dilación.

—No es necesario que entremos —dijo la muchacha—. Podemos verlo desde aquí.

Slipher asintió. De pronto, sintió que un escalofrío de horror recorría su espalda.

Había un hombre tendido en el lecho, con la cabeza apoyada en un par de almohadones. Tenía las manos fuera y Slipher pudo apreciar que los huesos estaban casi al descubierto.

Pero lo más horrible era el rostro de aquel desdichado, en donde faltaba la carne de una manera casi total. Aparecía espantosamente desfigurado y en su único ojo apenas si había brillo.

—Mi padre —dijo Myrtle, llanamente.

* * *

—Está así desde que murió el otro perro —habló Myrtle apagadamente, con los codos sobre las rodillas, sentada en la sala, frente a Slipher—. La bestia le atacó a él también, cuando pretendía salvar al pobre animal. Yo escuché sus gritos y corrí en su ayuda. Pude rescatarle, pero había sufrido lesiones irreparables y no sólo en el cuerpo.

—¿Cómo? —dijo Slipher.

—Los médicos que le han visitado, en secreto, naturalmente, no dan esperanza alguna de recuperación. A partir de aquel momento cayó en un estado de catatonia del que no se recobrará jamás. El choque que sufrió resultó fortísimo y su mente afectada de la forma en que usted ha podido apreciar. Si no le alimentásemos nosotras, moriría de inanición.

Slipher no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó.

—Casi un año. Un día morirá y ni se enterará siquiera de que nos deja. Realmente, está muerto desde el día en que fue atacado por la bestia. —La voz de Myrtle se hizo repentinamente tensa—. Dale, tenemos que destruir a ese inmundo animal; hemos de matarlo antes de que siga cometiendo más fechorías. Mi padre, Selleman, Rose Morris… ¿Quién sabe cuántos más morirán si alguien no destruye a ese horrible monstruo?

—Estoy de acuerdo con usted, Myrtle, pero, dígame, ¿no han hecho intervenir a la policía?

—Estuvieron registrando el lago y los bosques, pero no encontraron nada. La verdad es que no nos creyeron ni tampoco tenían ganas de hacernos mucho caso. Fetterville es pequeña y pesa poco a la hora de unas elecciones. La realidad es que nadie se toma interés por una comunidad de tan escaso relieve. Diciéndolo crudamente, nos dejan cocernos en nuestra propia salsa.

Slipher asintió.

—Ocurre así en ocasiones, por desgracia —convino—. Pero algo haremos, créame. Sin embargo, opino que no debemos dar un paso sin antes hablar con Charlotte. Sus informes deben de resultar interesantísimos.

—¿Hablará usted con ella?

—No tengo otro remedio que intentarlo, aunque no sé cómo voy a entrar en Summit House. McSwiswin, lo presiento, me negará el permiso para ver a su esposa. Y entrar allí por la noche…

—Él tiene un laboratorio. Trabaja muchas horas, incluso durante la noche.

—Pero los perros estarán sueltos por el parque. Francamente, no me siento capaz de vencer ese obstáculo.

—¿Por qué no llama a Charlotte?

—¿Cómo? ¿Quiere decir por teléfono? —Se asombró Slipher.

Myrtle señaló el teléfono, situado sobre una mesita.

—En Summit House también hay uno —dijo.

—No se me había ocurrido —admitió él—. Pero es una buena idea. Sin embargo, oirán una voz de hombre y… ¡Aguarde! Llame usted misma y diga que es Inge Schwarzkopf. Era una buena amiga de Charlotte, lo sé positivamente. Dígale que ha venido a pasar una temporada en Estados Unidos y que le gustaría visitarla. Pero, a pesar de todo, disfrace un poco la voz; no podemos correr el riesgo de que la reconozcan en Summit House.

—Sí, ahora mismo —exclamó Myrtle.

—En cuanto Charlotte acuda al teléfono, déjeme a mí hablar con ella, ¿entendido?

Myrtle hizo un gesto de asentimiento. Levantó el aparato y dijo, con la voz levemente alterada:

—¿Telefonista? Por favor, con Summit House.

—Sí, un momento.

La joven oyó instantes más tarde la voz de Sharrod.

—Residencia del señor McSwiswin. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Soy Inge Schwarzkopf, una antigua amiga de la señora. Tenga la bondad de comunicarme con ella.

—Al momento, señora.

Myrtle pasó el teléfono a Slipher. Momentos después, el joven percibía la voz de Charlotte.

—¡Inge! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo se te ha ocurrido…?

—Char, procura no mostrarte alterada —dijo Slipher—. Soy Dale y deseo hablar contigo, pero de forma reservada. Tu marido me dijo que estabas indispuesta, lo que es una forma de impedir que te viera. Pero necesito hablar urgentemente contigo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Charlotte dijo:

—De acuerdo, Inge. Fija tú misma la hora.

—Chica lista —sonrió Slipher—. ¿Esta noche a las once, en el lado oeste del parque? ¿Podrás mantener a raya los perros?

—Descuida.

Slipher volvió el teléfono a la horquilla.

—Asunto resuelto —dijo.

Myrtle meditó unos instantes. De pronto, exclamó:

—Me gustaría ir con usted. Es decir, a menos que tenga algún inconveniente.

—No hay objeción —sonrió Slipher.

Pero diez minutos más tarde, las sonrisas se trocaron en perplejidad y confusión.

El teléfono sonó de pronto. Myrtle lo levantó y dio su nombre. Inmediatamente, oyó una voz áspera:

—Señorita Toonehan, sepa que su truco no me ha engañado en absoluto. Debió haber recordado que el teléfono en Fetterville no es automático. Buenas tardes.

Myrtle colgó el aparato, con la estupefacción pintada en su bello rostro.

—Era McSwiswin —dijo.

CAPÍTULO XI

La luz de la luna era lo suficientemente intensa para que el coche, a marcha moderada, no tuviese necesidad de las suyas propias. Slipher conducía cautelosamente, procurando evitar que el motor hiciese un ruido excesivo.

—Charlotte acudirá —dijo, convencido.

—Su esposo le impedirá…

—No lo creo. McSwiswin piensa que usted solamente trataba de hablar con Charlotte, pero al descubrir el engaño, se confiará y no la mantendrá bajo vigilancia.

—Las once de la noche no es hora conveniente, me parece —objetó Myrtle—. Aunque es de suponer que hayan cenado, quizá se queden a hacer sobremesa o tal vez se hayan ido a acostar. Pero en este caso, estarán aún despiertos.

—Charlotte aceptó la hora que le propuse. Y no lo hizo sin un motivo justificado. Pudo haber insinuado otra hora distinta, en tal caso. Además, aseguró que podría mantener los perros a raya.

—Usted encuentra respuesta para todo —suspiró la muchacha.

—¿Quién dijo que McSwiswin suele trabajar muchas noches en su laboratorio?

Era una pregunta que encerraba cierta ironía y Myrtle lo supo apreciar así. Al cabo de unos momentos, Slipher añadió:

—De todos modos, si ella no acude a las once, esperaremos un tiempo prudencial. Caso de que no acuda, volveremos a intentar la entrevista mañana u otro día.

—Cuanto antes, mejor. Estoy llegando a un punto en que, si esto no se soluciona pronto, acabaré con los nervios desquiciados.

—Lo comprendo perfectamente, Myrtle. Dígame una cosa, ¿cabe la posibilidad de que McSwiswin esté de acuerdo con la operadora de la central telefónica?

—No lo creo. Es una mujer muy sensata y celosa de su deber. Pero a la fuerza ha tenido que contestar la verdad cuando McSwiswin le preguntó por el origen de la llamada. Charlotte pudo inventarse cualquier ciudad, pero la telefonista se vio obligada a decir que la llamada procedía de mi casa.

Slipher hizo un gesto de aquiescencia. Era una respuesta llena de lógica.

Momentos más tarde, detuvo el coche.

—Conviene que sigamos a pie, a partir de ahora —dijo.

Myrtle no puso ninguna objeción. La tapia de Summit House blanqueaba a poco más de medio kilómetro de distancia.

Caminaron en silencio. No se percibía otro sonido que el rumor de las hojas de los árboles al ser movidas por la brisa.

Minutos más tarde, alcanzaban el lado oeste. Slipher consultó la hora a la luz de la luna.

—Hemos sido muy puntuales —dijo—. Sólo faltan sesenta segundos para las once.

* * *

Transcurrieron unos minutos. De pronto, se oyó una voz al otro lado del muro:

—Dale, Dale…

Slipher se puso de puntillas.

—¿Char? —preguntó.

—Sí. ¿Puedes saltar la tapia? Tengo una escalera de mano en este lado.

—Vengo acompañado —alegó él—. Se trata de Myrtle Toonehan. Ella también tiene interés en hablar contigo.

Charlotte dudó un instante.

—Está bien. Si se siente capaz de trepar…

—Ya lo creo —dijo Myrtle. Tomó carrerilla, saltó y se agarró con ambas manos al borde de la tapia, izándose luego a pulso con una espectacular demostración de agilidad.

Slipher la siguió instantes más tarde. Al pie de la tapia divisaron una silueta blanca.

—La escalera está aquí —indicó Charlotte.

Myrtle fue la primera en descender.

—Creo que ésta es la primera vez que nos vemos frente a frente, señora —dijo al hallarse en el suelo.

—No he sido muy sociable, lo confieso —contestó Charlotte—, pero las circunstancias… Hola, Dale —saludó, al ver a Slipher junto a ella.

—Hemos venido a ayudarte —declaró el joven—. Es decir, si precisas de nuestra ayuda.

Charlotte se pasó una mano por la frente.

—Ayuda —repitió, con un murmullo de voz—. A veces creo necesitarla, pero… hay ocasiones en que no estoy tan segura de mí misma.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no hablas con franqueza?

—Sea sincera —rogó Myrtle—. No tema nada de nosotros, sabremos ser discretos, se lo aseguro.

Charlotte parecía muy turbada.

—No sé qué decir… Hay ocasiones en que me siento desaparecer, como si me fuese muy lejos de este mundo. Me duermo y todo se esfuma a mi alrededor. No es un sueño corriente, me parece como si me transformase en otra cosa…, en otro ser…

—¿Qué sientes entonces? —preguntó Slipher, sumamente interesado por aquellas revelaciones.

—¿Sentir? Eso es lo malo, Dale. No siento absolutamente nada. Una persona normal, y mismo tiempo atrás, siente algo incluso mientras duerme. Ahora… hay veces en que pienso con horror en el momento de irme a la cama. No puedo definirlo con palabras. Me duermo o desaparezco, no lo sé, seguro, pero cuando despierto me parece volver a la vida… como si naciera otra vez, sólo que completamente consciente…

—¿Te somete a hipnosis tu esposo?

—No puedo decirlo —contestó ella.

Hubo un instante de silencio. Luego, de pronto, Charlotte exclamó:

—Pero sé que si continúo aquí acabaré de una forma horrible. Tengo que escapar, debo irme de este lugar maldito… Dale, ayúdame, te lo suplico. Ahora veo que cometí un error espantoso al

casarme con Raymond.

Slipher tomó en las suyas las manos de Charlotte.

—Te ayudaremos —dijo—. Pero tú tienes que poner también algo de tu parte. Cuéntanos, ¿qué experimentos realiza tu esposo en el laboratorio?

—No lo sé, no lo he sabido nunca. Raymond jamás me ha dicho qué es lo que hace. Lo único que puedo decir es que constantemente me pide dinero. Una vez quise negarme y me pegó.

La voz de Charlotte se quebró súbitamente en un sollozo. Myrtle compadeció a aquella hermosa mujer, víctima de un destino no buscado, y con seguridad, sumida en un mundo de indescriptible horror.

—¿Te gustaría abandonar Summit House, Charlotte? —preguntó Slipher, de pronto.

—Oh, sí, pero no sé si podría…

—Sin embargo, hace algunos días te vi sola en la carretera —alegó él.

—Cada vez que voy sola al pueblo, Sharrod sale antes y se sitúa al otro lado, a cosa de quinientos metros. Me cerraría el paso si tratase de seguir adelante.

—Entiendo. —Slipher se volvió hacia la muchacha—. Myrtle, deme su opinión.

—Podría venirse con nosotros ahora mismo, Dale.

—¿Así? Apenas llevo ropa… No estoy preparada… —balbuceó Charlotte.

—¿Veinticuatro horas? —sugirió Slipher.

—Sí —aceptó Charlotte, sin vacilar.

—No se hable más. Myrtle, volveremos mañana a esta misma hora. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo —exclamó la aludida—. Señora, la llevaremos muy lejos de aquí, donde su esposo no pueda encontrarla jamás. Y piense que las leyes de este país le permiten deshacer los lazos que la atan a ese hombre.

—Será lo primero que haga, apenas esté en seguridad —prometió Charlotte.

—Yo me encargaré de tu caso —dijo Slipher—. No será el primero, por supuesto, y aunque no es un género de pleitos que me atraigan demasiado, puedes confiar en que pondré un especial interés en que todo se solucione definitivamente.

Charlotte esbozó una sonrisa.

—No sé por qué, pero ahora me siento otra —dijo—. Casi me parece ya verme libre de esta horrible unión.

Slipher asintió.

—Tus problemas con McSwiswin no durarán mucho, te lo aseguro —manifestó, tajante.

Momentos más tarde, Slipher y Myrtle caminaban hacia el automóvil. Ella hizo una pregunta:

—¿Cuáles son sus proyectos, Dale?

—Me llevaré a Charlotte muy lejos de aquí, donde McSwiswin no pueda encontrarla jamás. Mientras un amigo mío da los primeros pasos para la resolución de la demanda de separación, yo volveré aquí y buscaré al monstruo y lo mataré.

* * *

Terminaba de desayunar, cuando oyó el fragor de un automóvil que pasaba a poca distancia de

la tienda. El coche se detuvo de pronto.

Slipher se incorporó. Burndt, acompañado de su esbirro, acababa de apearse del vehículo.

—Vaya, no sabía que viviese por estos parajes —dijo Burndt, burlonamente—. ¿Acaso no tiene dinero para pagar el hospedaje en el hotel de Fetterville?

—Me han dicho que ese hotel le pertenece —contestó Slipher, sin inmutarse—. Pero también me informaron de que es sucio, está lleno de chinches y que ni los perros quieren la comida que les dan a los huéspedes.

Burndt enrojeció de cólera.

—Eso es una inmunda mentira…

—Lo que es inmundo es la comida que su cocinero elabora en el hotel. Y no digamos de su sola visión, porque contemplarle a usted es tanto como sentir ganas de vomitar en el acto.

Roundle dio un paso hacia adelante.

—Jefe, ¿no le parece que este tipo necesita una buena lección? —dijo con acento provocativo.

Tranquilamente, Slipher se inclinó y agarró la cafetera que aún estaba sobre el hornillo de campaña que usaba para calentar sus alimentos.

—Intente tocarme y le abrasaré la cara con café hirviendo —dijo.

Roundle se paró en seco, a la vez que emitía un gruñido de rabia.

—Otra vez le pescaré y…

—Basta —cortó Burndt, secamente—. Ya volveremos a enfrentarnos otro día. Ahora tenemos algo más importante que hacer.

—Molestar a la señorita Toonehan, por ejemplo —dijo Slipher.

Burndt crispó los puños.

—Me ha derrotado dos veces. Sólo han sido batallas parciales; yo conseguiré la victoria definitiva —contestó amenazadoramente.

Y sin más, echó a andar hacia la casa, seguido de su esbirro.

Slipher dudó un momento. Luego se dijo que Myrtle no le necesitaba por el momento y esperó a que la pareja se hubiera perdido de vista, para acercarse al coche.

Levantó la tapa del motor y lo contempló especulativamente durante unos instantes. Luego buscó en el portaequipajes la caja de las herramientas de repuesto.

Encontró una llave inglesa. Era lo que necesitaba. La herramienta saltó en su mano un par de veces, antes de que fuese aplicada a una tuerca.

Mientras, Burndt y su secuaz habían llegado a la reja. Roundle tocó el timbre. Myrtle se asomó a una de las ventanas del piso superior y distinguió en el acto a sus visitantes.

Sheik ladraba furiosamente en el patio. El ama de llaves salió de la casa.

—¡Annie, vuelva adentro! —ordenó la muchacha—. Yo atenderé personalmente al señor Burndt.

—Sí, señorita —contestó el ama de llaves.

Annie regresó a la casa. Myrtle salió al jardín y ató a *Sheik*. Luego avanzó hacia la verja.

—Abra —pidió Burndt, secamente—. Quiero hablar con usted.

—Hágalo desde donde está; puedo oírle a la perfección. Y no tengo ganas de que entre en mi casa.

—Está bien, a fin de cuentas, lo mismo da. Le ofrezco quince mil dólares por su propiedad. En el acto, ¿me oye?

Myrtle sonrió burlonamente.

—¿Por qué no cita una cifra diez veces superior? Tal vez así me decidiera a escucharle.

—Maldita sea, es una cantidad más que razonable.

—Para usted, tacaño, quizá, pero no para mí. ¿Pretende hacer negocio a mi costa? Usted obtendría de mi propiedad un beneficio infinitamente superior. Incluso un día podría alardear de haberla conseguido casi gratis.

—Veinte mil…

—No siga, estúpido. No pienso vender a ningún precio, y ya es hora de que se meta esta verdad en su dura cabezota. En todo caso, de vender a alguien, no sería a un sinvergüenza y desaprensivo como usted.

Burndt lanzó una furiosa interjección. Colérico, avanzó hacia la verja.

—¡No, jefe! —chilló Roundle.

Pero ya era tarde. Burndt se agarró a los hierros, con ánimo, no de romper un obstáculo que sabía era demasiado fuerte para él, sino de zarandear la verja, con ánimo de amedrentar a la muchacha.

La corriente eléctrica sacudió su cuerpo con fuerza, haciéndole dar un salto atrás.

Myrtle estalló en carcajadas.

—Debiera haber hecho caso a su esbirro —dijo—. Roundle ya tiene experiencia con mi verja. ¿No es cierto, Anse?

Roundle emitió un gruñido. Burndt se frotó las manos, en las que todavía sentía un fuerte cosquilleo.

—Venderá, juro que venderá —rezongó.

Giró sobre sus talones y se alejó con rápidas zancadas.

CAPÍTULO XII

Slipher vio llegar a los dos hombres y se puso a silbar con aire de indiferencia. De cuando en cuando, Burndt se friccionaba los brazos, cosa que le hizo comprender lo ocurrido.

Burndt llegó junto a su coche y se dispuso a entrar en él. Antes, sin embargo, dirigió al joven una colérica mirada.

—Ajustaremos cuentas un día de estos —prometió.

—Yo también —dijo Roundle, torvo y maligno.

—¡Ja, ja! —contestó Slipher, muy serio.

Pero tenía la cafetera en la mano. Roundle no se atrevió a atacarle.

—Vamos ya, Anse —dijo Burndt, de mal talante.

Roundle se sentó tras el volante y dio el contacto. El coche arrancó con fuerza.

Segundos después, se salió del camino, yéndose directamente contra un árbol.

—Pero ¿qué haces, estúpido? —aulló Burndt.

Roundle pisó el freno. Era ya demasiado tarde. El morro del vehículo chocó contra el árbol, produciendo un enorme estrépito.

No fue un accidente grave y los ocupantes del vehículo salieron sin más daño que algunas contusiones.

Burndt descargó toda su ira sobre Roundle, quien no comprendía en absoluto lo que sucedía.

—Se me fue el coche… La dirección…

Lanzando mil improperios, Burndt dio la vuelta al coche y agarró el volante. La rueda giró locamente.

Slipher se acercó al lugar del accidente.

—¿Puedo serles útil en algo? —preguntó con finura.

Burndt se volvió hacia él y le miró un instante. Lanzó una nueva maldición, pegó una patada a la rueda que tenía más cercana, y sin pronunciar una sola palabra, echó a andar hacía Fetterville.

Roundle se acercó al joven.

—Ahora no tiene la cafetera en las manos —dijo.

—De vez en cuando, conviene cambiar el armamento —contestó Slipher plácidamente, a la vez que enseñaba un garrote de dimensiones más que regulares.

Roundle dio un paso atrás, con el temor reflejado en sus ojos.

—Váyase —dijo Slipher—. Está usted en terrenos ajenos.

El sujeto obedeció sin más, corrido y avergonzado, pero lleno de resentimiento contra aquel hombre al que no podía atacar. Un día, sin embargo, le pillaría desprevenido y entonces se desquitaría de las humillaciones sufridas.

Slipher contempló sonriente el resultado de su obra. El coche no había sufrido graves daños, sólo algunas abolladuras en el morro. Era como una especie de pequeña venganza contra Burndt, por el trato que había dado a Myrtle.

La voz de la joven sonó de pronto en las inmediaciones:

—¡Dale!

Slipher se volvió. Seguida de *Sheik*, Myrtle corría hacia él.

—He oído un ruido como de choque…

—Roundle es un mal conductor —sonrió el joven, mientras hacía algunas caricias al mastín.

Ella le miró suspicazmente.

—No sé por qué, pero me parece que usted ha tenido algo que ver con este accidente —dijo—. A menos que mis dedos se vuelvan huéspedes.

Slipher soltó una alegre carcajada.

—Burndt nos debía una pequeña compensación, sobre todo, a usted, por tratar de quemarle su casa —contestó—. Sólo aflojé un par de tuercas en el mecanismo de dirección.

—Pudieron haberse matado.

—El terreno es liso y no hay barrancos o precipicios. Por otro lado, la pérdida de control tenía que producirse casi al arrancar. Nunca se me ocurriría planear un asesinato, ni siquiera de unos tipos tan poco recomendables como esos dos hombres. Por cierto, Burndt ha ido a visitarla.

—Sí —reconoció Myrtle—. Ha subido su oferta.

—¿Mucho?

—Él cree que ofrece una gran cantidad. Pero quince mil dólares por Southlake no dejan de ser una miseria.

—¿Vendería usted por una cantidad justa?

Myrtle dudó.

—Ese caso no se ha presentado todavía —contestó evasivamente.

—Usted anda en apuros. ¿Me equivoco?

—Por favor… —rogó la joven.

—Podría obtener algún dinero con la venta de parte de sus tierras, sin que ello implicase la destrucción del paisaje. Todo consistiría en encontrar el comprador adecuado.

—Pero yo no conozco…

—Myrtle, de momento tenemos otros asuntos más urgentes entre manos —dijo Slipher—. Cuando esto se haya solucionado, nos ocuparemos de su problema personal. Me gustaría ayudarla, se lo digo con toda sinceridad.

Ella sonrió deliciosamente.

—Hablando con franqueza, necesito esa ayuda —respondió.

* * *

Sentada ante el espejo, Charlotte se cepillaba el pelo, cubierto el esbelto cuerpo con un peinador de tul blanco. Ya tenía preparado un maletín con los efectos más indispensables. Después de la cena, se cambiaría de ropa, y pretextando el deseo de tomar el aire, saldría al jardín.

La maleta estaría ya al pie del dormitorio. Simplemente, la recogería y se dirigiría hacia la tapia. Después…

Unos golpes que sonaban en la puerta la interrumpieron bruscamente.

—¿Quién es? —preguntó, alzando la voz.

—Señora condesa, el señor la aguarda en el salón —informó Sharrod.

Charlotte dudó un instante.

Sintióse tentada de fingir una indisposición, pero desechó la idea en el acto. Debía hacer vida normal, simular que todo iba bien; adormecer cualquier posible sospecha de su esposo. De este modo, conseguiría sus propósitos de fuga.

—Está bien —contestó—. Bajaré dentro de unos minutos.

Sharrod se retiró. Charlotte inspiró con fuerza. Oh, cómo odiaba a aquel repulsivo individuo… Estaba segura de que Sharrod era cómplice de las espantosas manipulaciones que su esposo realizaba en el laboratorio, pero a pesar del tiempo que llevaba casada con McSwiswin no había podido ver nada hasta entonces.

Pero se felicitaba por ello. El instinto le decía que no podría soportar la visión de las cosas horribles que su esposo le había ocultado hasta aquel momento. Y no vería nunca nada, porque aquella misma noche cesaría la espantosa pesadilla a que estaba sometida desde hacía tanto tiempo.

Rápidamente, se cambió de ropa, vistiéndose con un traje corriente. Se contempló al espejo; estaba muy pálida, pero era lo normal en ella. Inspirando hondamente, se dirigió hacia la puerta.

Momentos después, se hallaba en el salón.

—Sharrod me dijo que querías hablarme —manifestó con voz inexpresiva.

McSwiswin sonrió.

—Si estabas ocupada, lamento haberte molestado —dijo.

—No hacía nada en particular en estos momentos. ¿Qué deseas?

—Bien, tengo algo que decirte, pero… Por favor, tomemos antes una copa.

Charlotte sintióse tentada de rechazar la invitación, pero prefirió actuar con normalidad.

—Está bien —aceptó.

McSwiswin se acercó a ella con dos copas en las manos.

—Por la única mujer de mi existencia —brindó.

—Es falso, pero no lo discutiremos, Raymond.

Charlotte tomó un sorbo de vino. McSwiswin pareció enojarse un tanto.

—Diríase que te sientes enfadada conmigo —exclamó.

—No estoy enfadada, pero no he sido la única mujer en tu vida. Al menos, ten la bondad de ser sincero.

—Está bien; ha habido otras mujeres en mi vida, tengo edad sobrada para ello, pero lo que quise decir es que tras conocerte a ti, no he amado ni amaré a nadie más.

—Muy galante por tu parte, Raymond. Sospecho que vas a hacerme una nueva petición de fondos. ¿Cuánto?

—Oh, necesito unos cuantos miles…, pero no corre prisa. Mañana podemos solucionar este asunto. Querida, un día triunfaré y te devolveré centuplicado todo el dinero que me has prestado, puedes estar segura de ello.

—Es probable —convino ella con frialdad. Interiormente, le apostrofó: «Pobre estúpido, no tendrás mañana ese dinero. A estas horas, me encontraré muy lejos de ti, donde no puedas hallarme jamás».

—¿Quieres más vino? —sugirió él.

—No, gracias, ya he bebido bastante. Ahora… me iré a…

La voz de Charlotte se hizo repentinamente insegura.

—Me mareo —dijo.

McSwiswin se precipitó hacia ella.

—Ven, siéntate —exclamó, solícitamente.

Charlotte se dejó llevar hasta un diván próximo. Sentóse y echó la cabeza hacia atrás, a la vez que cerraba los ojos.

—No debí darte ese vino, es muy fuerte —dijo McSwiswin, con acento persuasivo—. Pero se te pasará en seguida. Descansa, relájate…

—Sí, lo que tú digas, Raymond.

El pecho de la joven se agitaba rítmicamente. Al cabo de unos segundos, McSwiswin se inclinó hacia ella y levantó uno de sus párpados.

—Sin reacción —murmuró, satisfecho.

Acto seguido, se incorporó y, volviéndose, llamó:

—¡Sharrod!

La voz del mayordomo sonó en el interior de la casa:

—¿Señor?

—Venga inmediatamente. Tenemos trabajo —ordenó McSwiswin.

—Al momento, señor.

Sharrod compareció a los pocos instantes. McSwiswin le señaló a su esposa.

El mayordomo asintió. Se acercó al diván y, tomando en brazos a la mujer, cargó con ella sin pronunciar una sola palabra.

* * *

Slipher detuvo el coche y lo sacó del camino, dejándolo a unos quince o veinte metros de distancia, entre unos árboles.

—¿Teme algo? —preguntó Myrtle.

—Un mínimo de precauciones nunca está mal —contestó él—. ¿Dispuesta?

—Sí, Dale.

Echaron a andar en silencio. A los pocos minutos, vieron el resplandor de unos faros que se movían en dirección a ellos.

—Aprisa. Myrtle —exclamó Slipher, a la vez que tiraba de la mano de la muchacha.

Había unos matorrales en las proximidades y se agazaparon tras ellos. Instantes más tarde, un vehículo pasó frente al lugar en que se habían escondido.

Myrtle divisó a dos hombres en la parte delantera de la furgoneta.

—McSwiswin y el mayordomo —exclamó—. ¿Adónde irán?

—Eso importa poco ahora —dijo Slipher, a la vez que se incorporaba—. En todo caso, su ausencia facilita nuestros planes. Sigamos.

Rompieron la marcha de nuevo. A los pocos momentos, Slipher hizo una pregunta:

—Myrtle, además del matrimonio McSwiswin y de Sharrod, ¿quién hay en Summit House?

—Nadie, Dale. Únicamente una mujer acude todos los días a limpiar y cocinar hasta las tres de

la tarde. Pero nunca pernocta en la casa.

—Curioso, un edificio tan grande y un mínimo de servidumbre. ¿No le parece extraño?

—¿Qué hay de normal en McSwiswin? —contestó Myrtle con acerba ironía.

Slipher hizo un gesto de aquiescencia. Sí, realmente, la muchacha tenía razón; no había nada de normal en McSwiswin. Y en su interior, se sintió dolido de que una mujer a la que en tiempos había amado intensamente y de la que todavía conservaba gratos recuerdos, hubiese cometido el error de casarse con un individuo de la calaña de McSwiswin.

Poco más tarde, avistaban la tapia que contorneaba el parque. Slipher consultó la hora.

—Hemos venido con tiempo sobrado —dijo—. Todavía faltan casi quince minutos.

—Sería conveniente trepar a lo alto de la tapia —indicó Myrtle—. En estos momentos, Charlotte está sola.

—Me parece muy bien —aprobó Slipher.

Momentos más tarde, se hallaban a caballo en la barda. La mirada de Slipher recorrió el interior del jardín.

—Es curioso. Los perros tendrían que ladrar…

—Quizá Charlotte los ha atado, para evitar contratiempos.

—A pesar de todo, ladrarían al presentir la presencia de extraños en la posesión. Myrtle, esto no me gusta en absoluto —dijo Slipher, repentinamente aprensivo—. Mucho silencio, demasiado silencio —añadió, a la vez que fijaba la vista en la mansión, en donde se veían un par de luces encendidas.

Myrtle asintió. Aquel silencio, se dijo, no presagiaba nada bueno.

CAPÍTULO XIII

Sharrod se detuvo ante la puerta de una de las casas de Fetterville y tocó con los nudillos en la madera. A los pocos segundos, alguien se asomó a la ventana del piso superior.

—¿Quién es? ¿Qué ocurre? —preguntó Burndt.

—No grite, por favor —susurró el mayordomo—. Me envía el señor McSwiswin; quiere hablar con usted ahora mismo.

—¿A estas horas? —gruñó Burndt, receloso.

—Baje, pronto, se lo ruego.

—Está bien, espere un par de minutos.

Burndt cerró la ventana. En el lecho conyugal, su esposa se revolvió, soñolienta:

—¿Adónde vas, Creigh?

—No te preocupes, nena —contestó él, con acento intrascendente—; volveré en seguida. Negocios, ¿sabes?

—Una hora un poco intempestiva, ¿no te parece?

Burndt soltó una risita y se inclinó para besar la mejilla de la mujer.

—Nena, cuando se trata de negocios, cualquier hora es buena —contestó con fingida jovialidad.

Pero como no se fiaba en absoluto, agarró un revolver y se lo echó al bolsillo de la chaqueta. Luego, con paso firme, se dirigió hacia la escalera que conducía a la planta baja.

Sharrod aguardaba junto a la puerta.

—Sígame, señor Burndt —dijo—. El señor McSwiswin le aguardaba a prudente distancia del pueblo. Me ha dicho que no es conveniente que nadie sepa que se van a entrevistar los dos.

—¿Para qué? ¿Es que tenemos algo importante que decirnos?

—El señor McSwiswin así opina, señor. Le he oído mencionar los terrenos que pertenecían a Rose Morris y algo sobre un acuerdo común sobre el particular, pero no puedo darle más detalles. Él se los facilitará, sin duda alguna.

El interés de Burndt se agudizó repentinamente. Sí, aquellas tierras podían reportar un enorme beneficio, si se sabía explotarlas de la manera debida. El paisaje era sumamente pintoresco y la pesca abundaba en Black Lake. Podrían atraer turistas, veraneantes, aficionados al *camping*… Una mina de oro…, que podía ser de diamantes, si un día conseguía la propiedad de Southlake.

Burndt caminó junto a su acompañante por espacio de quince minutos, alejándose unos mil quinientos metros de la población. De pronto, junto al camino, divisó una furgoneta parada.

—Ahí está el señor McSwiswin —señaló Sharrod.

McSwiswin se adelantó hacia los recién llegados. Burndt continuó su avance, sin darse cuenta de que Sharrod se quedaba un tanto rezagado.

—Hola —dijo McSwiswin.

—¿Qué tal? —exclamó Burndt—. Su mayordomo me avisó y…

La voz de Burndt fue interrumpida de repente por un feroz golpe en el cráneo que lo derribó en el suelo instantáneamente. Burndt lanzó un gemido y, aunque no perdió el conocimiento por completo, quedó aturdido e incapaz de moverse.

—Aprisa, Sharrod —dijo McSwiswin.

Los dos hombres se dirigieron a la trasera del vehículo, del que hicieron descender la caja con ruedas, colocándola a pocos pasos del caído. Burndt gemía sordamente, agitándose débilmente en el suelo.

Una cosa oscura, viscosa, surgió de la caja, aumentando de tamaño en pocos momentos. Los ojos de Burndt veían duplicadas las estrellas, pero, de pronto, todo se hizo oscuro para él.

Un cuarto de hora más tarde, la cosa empezó a reptar lentamente hacia la caja. McSwiswin la guiaba con un bastón eléctrico, que despedía descargas de pequeña intensidad.

—Los huesos… —dijo Sharrod.

—Recójalo todo cuidadosamente —ordenó McSwiswin—. Luego los arrojaremos al lago, con una piedra como lastre. Procure que no quede nada en absoluto.

—Sí, señor.

Provisto de unas largas pinzas, Sharrod empezó a recoger los escasos restos que habían quedado de Burndt, sin omitir los elementos metálicos que habían formado parte de su atuendo, incluida una pluma y un reloj de pulsera. Algunas monedas fueron a parar también al saco, del que salió un tétrico ruido cuando Sharrod ató su boca por medio de una cuerda.

—Listos —dijo McSwiswin—. Regresemos a casa.

—Bien, señor —contestó el impasible mayordomo.

* * *

Los nervios de Slipher empezaron a ceder.

—Charlotte no acude —exclamó—. Voy a ver qué sucede.

—No me deje sola —rogó Myrtle, aprensiva.

Momentos después, se descolgaba detrás del joven. Acto seguido, emprendieron el camino hacia la casa.

La puerta no estaba cerrada con llave. Bastó hacer girar el picaporte para tener el paso franco.

—Charlotte —llamó Slipher.

Sólo el silencio fue la respuesta que obtuvo. Myrtle se sintió invadida por una serie de tétricos pensamientos.

—La habrá asesinado…

—No se mata a la gallina de los huevos de oro y, a lo que parece, Charlotte desempeñaba ese papel para su esposo —contestó Slipher—. Será mejor que revisemos el piso superior.

El dormitorio de Charlotte estaba desierto.

—Ni siquiera se acostó —dijo Myrtle, al observar que la cama se hallaba perfectamente ordenada.

—¿Estará encerrada en alguna parte? ¿No se habrá enterado McSwiswin de las intenciones de Charlotte?

—Quizá el sótano…

—¿Lo conoce usted?

—Estuve aquí hace algunos años. La familia de McSwiswin quería vender su posesión. Mi

padre intentó la aventura, pero las condiciones eran demasiado duras y desistió. Yo le acompañé para examinar la casa, que, por cierto, presentaba un aspecto muy distinto al que tiene en la actualidad. Es preciso reconocer que Raymond ha sabido arreglar todo muy bien.

—Quiso tener un buen marco para sus crímenes —dijo él—. Bien, Myrtle, creo que ha hablado del sótano.

—Sí, es cierto. Venga conmigo.

Bajaron nuevamente a la planta. Por precaución, recorrieron todas las habitaciones e incluso abrieron los armarios, pero no hallaron el menor rastro de la joven.

—Cada vez siento más temores por la suerte de Charlotte —dijo Slipher.

Myrtle asintió. En su fuero interno, ella también compartía las aprensiones de su acompañante.

Al cabo de unos momentos, se encontraron en la puerta del sótano. Myrtle abrió con decisión.

Encendió la luz, mediante un interruptor que había junto a la entrada. Casi en el acto, una bocanada de aire cálido, que olía de un modo singular, nada agradable, les dio en el rostro.

Slipher sintió una terrible náusea.

—¡Cielos! ¿Qué es esto? —exclamó.

Era olor a podredumbre, pero, también se percibían emanaciones de algo que estaba vivo. A Slipher le pareció como si un inmenso animal se corrompiera en vida.

Myrtle se puso una mano ante la boca. Sus ojos contemplaron a Slipher con expresión interrogante.

Pero, tras una leve vacilación, el joven acabó por decidirse:

—¡Vamos! —exclamó.

Y puso el pie en el primer peldaño.

* * *

Lentamente, descendieron al sótano, brillantemente iluminado y de grandes dimensiones, en cuyo centro había lo que parecía ser un estanque de casi diez metros de diámetro, cruzado por una especie de pasarela, con una sola barandilla. Flotando en un líquido muy denso, una forma lenticular, de color gris sucio, cuya superficie era recorrida por lentas ondulaciones.

—Ése es el monstruo que devora a las personas —exclamó Slipher de inmediato.

Atraída por una morbosa curiosidad, Myrtle dio un paso hacia delante. Su pie hizo ceder una baldosa del suelo.

Se oyó un chasquido. Algo emitió un agudo sonido.

Slipher y Myrtle se volvieron en el acto. Delante de ellos, acababa de abrirse una puerta situada a ras del suelo. Los ojos de un enorme can negro fosforescieron en la penumbra de su guarida.

Myrtle comprendió que había hecho funcionar una trampa, destinada a atrapar a los posibles intrusos. El horror se reflejó instantáneamente en su bello rostro.

—Quieta, no haga nada —dijo Slipher a media voz.

No iba armado, pero creyó fácil derrotar a la bestia. Extendió un brazo, dio una patada al suelo y emitió un grito inarticulado, como una especie de provocación.

El perro cargó con toda su furia.

Slipher aguardó a pie firme. Cuando el animal se le echó encima, dobló las rodillas y levantó los brazos. Con el mismo impulso, se irguió, haciendo que el can saltase por encima de su cabeza.

Se oyó un aullido de pánico. El perro cayó al estanque.

Más ladridos se oyeron en otras jaulas. Slipher y la muchacha se volvieron en el acto.

El perro ladraba desesperadamente, intentando escapar de aquel líquido viscoso en el que había caído. De repente, aquella cosa se le arrojó encima, envolviéndole como una manta viva y haciéndole callar en pocos segundos.

Horrorizados, Slipher y Myrtle vieron los espasmos que recorrían la superficie del enorme ser. Al cabo de unos momentos, aquella bestia informe volvió a su estado de reposo.

Unas cuantas burbujas subieron lentamente a la superficie y explotaron con sordo ruido.

Volvió el silencio. Hasta los otros canes parecían haber presentido la muerte de su congénere y habían cesado de ladrar.

Slipher y la muchacha intercambiaron una mirada.

—¿Qué…, qué es esa cosa tan horripilante? —preguntó ella, con voz estrangulada.

—No tengo la menor idea, pero si alguna vez ha oído hablar de experimentos diabólicos y pensó que se trataban de fantasía, aquí, al menos, hay uno que se ha hecho realidad —contestó Slipher.

El hedor se había hecho más penetrante, pero ninguno de los dos se sentía capaz de apreciar lo que ya consideraban una minucia. Al cabo de unos segundos de silencio, Myrtle dijo:

—Sin duda, esa bestia es la que atacó a mi padre y mató a Selleman y a Rose…

—Tal vez se trataba de un hermano menor —dijo él.

—¿Cómo?

—La cosa que yo vi era más pequeña; no creo que llegase siquiera a los tres metros. Y esta que tenemos delante mide, al menos, seis u ocho.

La mano de Myrtle se crispó repentinamente sobre el brazo de Slipher.

—Dale, se me acaba de ocurrir una idea —dijo.

—¿Sí?

—Ese horrible animal que intentó atacarle a usted… Si hay otro, es decir, si éste no es el que usted vio…, si McSwiswin y Sharrod están fuera…, ¿no cabe la posibilidad de que sean ellos los que guíen las acciones de esa espantosa bestia?

Slipher se estremeció.

—¿Quiere dar a entender que esta noche han salido de cacería? —preguntó.

—Sí —contestó Myrtle.

—¿Y Charlotte?

—Tal vez la obligan a acompañarles… Dios mío, no —exclamó ella de repente—, no es posible…

—¿Qué no es posible, Myrtle? Hable claro de una vez, se lo ruego —pidió Slipher excitadamente.

—Es que… se me ha ocurrido algo tan horrible… Ni siquiera me atrevo a expresarlo con palabras…

—Vamos, dígalo —la animó el joven—. Charlotte es aún buena amiga mía y usted no tiene nada contra ella. Por malo que sea, debemos tener en cuenta todas las posibilidades… Estoy seguro de que Charlotte es inocente de las fechorías de su esposo. Nuestro deber, por tanto, es ayudarla a liberarse de las garras de ese criminal que es McSwiswin.

—Está bien; yo pienso que…

Myrtle no pudo continuar. Arriba, en la planta, se oyó el ruido de una puerta que se abría.

La voz de McSwiswin sonó inmediatamente:

—Sharrod, lleve la caja al montacargas.

—Bien, señor —contestó el mayordomo.

CAPÍTULO XIV

—Tenemos que escondernos, Myrtle —dijo Slipher precipitadamente.

Buscó con la vista. No lejos de aquel lugar, divisó una larga mesa, con numerosos cajones, al otro lado de la cual había una especie de pasillo. Slipher tiró de la muchacha y ambos se agazaparon al otro lado, justo en el momento en que sonaban unos pasos en la escalera.

McSwiswin apareció en el sótano. Detúvose un instante, encendió un cigarrillo y luego se acercó a una especie de aparador, en el que había botellas y vasos.

El ruido de un motor se dejó oír segundos más tarde. Slipher volvió la vista y divisó un gran cajón con ruedas, que descendía merced a un montacargas de grandes dimensiones.

Sharrod bajaba con el montacargas. McSwiswin parecía sentirse de un humor excelente.

—Acérquese, Sharrod —invitó—. Tomaremos una copa para celebrar el feliz éxito de la empresa.

—El señor es muy amable conmigo —dijo el mayordomo, tomando la copa que se le ofrecía —. Y, en verdad, la empresa ha sido un éxito…, hasta ahora.

McSwiswin entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir usted, Sharrod? —preguntó.

—Si el señor me permite la franqueza, diré que hasta ahora ha conseguido éxitos parciales. Pero el total no acaba de llegar, según mi humilde opinión, claro.

—Su opinión no tiene nada de humilde y sí un tanto de impertinente —contestó McSwiswin —. ¿Acaso cree que lo que pretendo hacer se consigue en unas pocas semanas?

—Ya llevamos meses…

—Basta, Sharrod; yo le traje aquí para obedecer ciegamente y no formular preguntas especiosas. Y no me proteste más o empezaré a acordarme de aquella vieja a la que estranguló para robarle un mísero botín de cinco dólares.

—Usted tampoco saldría muy bien librado, si yo hablase —dijo Sharrod, pálido de ira.

McSwiswin se echó a reír.

—Pobre idiota —le apostrofó—. ¿Quién le creería a usted? Hasta que me retiré aquí para completar mis experimentos, era un hombre respetable, de fama más que probada como científico. Todavía, si quisiera, podría ocupar mi cátedra en la Universidad, en tanto que usted ocuparía una celda para el resto de sus días.

Sharrod apretó los puños.

—El señor me ordena —dijo mansamente.

Pero Slipher, que lo observaba con toda atención, pensó que no le gustaría tener como enemigo a un tipo tan resentido como el mayordomo.

McSwiswin apuró su copa.

—Está bien, al trabajo —exclamó, después de chasquear la lengua—. Luego nos ocuparemos de los huesos de Burndt.

—Sí, señor.

Myrtle sintió que un escalofrío recorría su espalda al escuchar aquellas palabras.

Slipher, por su parte, se mordió los labios casi hasta sangrar.

Sharrod volvió junto al montacargas. Cogió un saco y lo tiró a un lado. Al caer, el saco emitió unos ruidos espeluznantes, como de unos dados gigantescos, agitados por un cubilete de las dimensiones adecuadas.

Luego empujó el cajón con ruedas, llevándolo hasta el puentecillo que cruzaba el estanque. McSwiswin aguardaba ya allí, con una bata de baño en la mano izquierda y un largo y extraño bastón en la derecha.

* * *

Los perros no habían ladrado. Slipher se preguntó qué les atemorizaba. Casi compadeció a los animales, sujetos a un encierro nada agradable.

—Abra, Sharrod —ordenó el dueño de la casa.

Sharrod se inclinó y levantó una trampilla. Algo salió por el agujero que, observó Slipher, tendría unos veinte centímetros de lado.

Las manos de Myrtle se crispaban en el borde de la mesa tras la cual se ocultaba. Con ojos horripilados, vio el avance de aquella masa informe hacia la pasarela.

McSwiswin la guiaba con ligeros toquecitos de su bastón. Slipher vio surgir diminutas chispas del extremo del bastón, cuando tocaba la superficie de la cosa.

Al mismo tiempo, McSwiswin murmuraba palabras cariñosas, terriblemente incongruentes en aquella ocasión:

—Vamos, vamos, querida, sigue, sigue así… Así, no temas…, pronto descansarás otra vez. Ya sé que padeces, pero algún día, y no muy tarde, estos sacrificios te serán recompensados con una vida muy larga, próxima a la inmortalidad…

Slipher creyó que soñaba. ¿Estaba loco McSwiswin?

La cosa siguió su lento avance hasta llegar al centro de la pasarela. Entonces, McSwiswin corrió al otro lado y subió a la pasarela, deteniendo el avance del monstruo con el bastón.

—Párate —ordenó.

La cosa se detuvo. Sharrod hizo una consulta:

—Señor, ¿puedo tirar los huesos al lago?

—Sí, vaya, vaya; yo me quedo aquí atendiendo a la señora.

Myrtle se tapó la boca con una mano. Le parecía estar asistiendo a una pesadilla, de la que no podía despertar. ¿Aquella masa informe… era Charlotte?, se preguntó, con la cabeza convertida en un enloquecedor torbellino.

Transcurrieron algunos minutos. McSwiswin continuaba en el centro de la pasarela. De repente, apareció una mancha blanca en el centro de la cosa.

Aquella mancha tenía forma alargada. Al mismo tiempo, algo empezó a exudar largos y viscosos hilos, que caían al estanque y eran absorbidos con avidez por el ser que se hallaba sumergido en el líquido.

Myrtle se metió un par de dedos en la boca y mordió con fuerza. Necesitaba hacerlo para no prorrumpir en un alarido de terror.

La mancha blanca se hacía cada vez más larga y adquiría formas precisas a cada momento que

transcurría. La exudación proseguía y parecía no tener fin en ningún momento.

Un minuto más tarde, el cuerpo de Charlotte se hizo completamente visible.

Estaba tendida boca abajo, desnuda, con los brazos estirados y las piernas juntas. Su piel brillaba de un modo raro, como si estuviese embadurnada con alguna sustancia grasienta.

McSwiswin se inclinó sobre ella y la cubrió con la bata. Hecho esto, la tomó en brazos y la llevó hasta una especie de diván que había en uno de los lados del laboratorio. Buscó una manta, tapó con ella el cuerpo de la mujer y luego regresó junto al estanque.

Contempló unos instantes lo que había en el interior. Después, se dirigió a una mesa y tomó una vasija de vidrio, de forma alargada, sostenida por unas pinzas de gran longitud.

Volvió una vez más junto al estanque y entonces vio algo que llamó su atención.

—¿Eh, qué diablos hace ahí ese collar? —exclamó.

Inmediatamente, Slipher comprendió lo que ocurría. La cosa no había podido digerir las partes metálicas del collar del perro que le había atacado.

Pero antes de que pudiera decir nada, McSwiswin dejó las pinzas y sacó un revólver del bolsillo de su chaqueta.

—Quienquiera que esté ahí, salga inmediatamente, antes de que empiece a disparar también —dijo con voz colérica.

Slipher se puso en pie.

Tranquilamente, preguntó:

—¿Me va a matar de la misma manera que lo ha hecho con Burndt?

* * *

Hubo una pausa de silencio. Los ojos de McSwiswin relucían como los de una fiera en el paroxismo de su cólera.

—¿Quién le ha dado permiso para entrar en mi casa? —preguntó al cabo.

—Esa pobre mujer, a la cual ha sometido usted a los más inicuos experimentos —contestó Slipher, sin perder la calma—. La señora McSwiswin fue amiga mía en tiempos y yo he venido para llevármela de aquí.

—Soy su esposo…

—Sólo de nombre; pronto dejará de serlo efectivamente. Ella no le quiere ni desea seguir a su lado.

McSwiswin sonrió.

—No veo cómo se la va a llevar —dijo.

—Lo sabrá usted en el momento adecuado. Y le aconsejo una cosa: tire ese revólver y entréguese. Es lo mejor que puede hacer, créame.

Una mueca de rabia convulsionó el rostro de McSwiswin.

—¿Entregarme? —aulló—. ¿Ahora que estoy casi a punto de triunfar, de recoger el fruto de mi trabajo?

—Un trabajo basado en el crimen…

—¿Qué sabe usted? —exclamó el científico orgullosamente—. La ciencia, en su progreso,

necesita de víctimas. Los que han muerto eran gente que no rendía ningún provecho a la sociedad. Ninguno de ellos podía compararse conmigo; ninguno de ellos era capaz de encontrar la droga que prolongase la existencia durante un tiempo inimaginable. Yo lo haré, estoy a punto de conseguirlo y nada ni nadie me detendrá, ¿me oye usted?

—¿Le ayudaba Charlotte voluntariamente?

—Ella es…, muy receptiva, digámoslo así. Lo descubrí por casualidad hace tiempo y, además, necesitaba de una persona de sus cualidades para la consecución de mis experimentos. Cuando, momentáneamente, se transformaba en ese ser que absorbe las sustancias básicas de un ser viviente, siente y obedece mis órdenes, porque su mente sigue en actividad. Pero no puede desobedecerme, porque yo soy más fuerte que ella.

—Un asesino, eso es usted —clamó Myrtle, incorporándose de repente.

McSwiswin lanzó una burlona carcajada.

—Ah, usted también aquí —dijo—. Debí imaginármelo; en las mujeres, la curiosidad es siempre un sentimiento invencible.

—Cuando lo juzguen, yo seré testigo de cargo contra usted —aseguró la muchacha.

—Si vive lo suficiente para poder contarlo —contestó McSwiswin, desdeñoso.

Slipher trató de distraer la atención del científico.

—¿Está seguro de prolongar la vida humana con sus experimentos? —preguntó.

—Sí. Las sustancias que extraigo de los seres vivos, sintetizadas en un producto que contendrá las esencias más puras de la vida, prolongarán la existencia de los seres humanos durante tal vez cientos de años. No sólo me haré famoso, sino rico; construiré balnearios donde se prolongue la juventud a los ricos, a cualquiera que pueda pagar mis tratamientos rejuvenecedores… Fetterville será un lugar célebre… Hasta Black Lake cambiará su nombre y, de ahora en adelante, se le conocerá por el nombre del Lago de la Vida.

—¿Por qué no llamarle Fuente de la Eterna Juventud? —dijo Slipher, irónico.

McSwiswin le miró torvamente.

—No podrá burlarse por mucho tiempo más —declaró—. Usted y esa chica impertinente, morirán en seguida.

—Y, claro, usted se quedará con Southlake —dijo Myrtle con pasmosa serenidad—. Más sitio para sus balnearios, ¿verdad?

El revólver tembló en la mano de McSwiswin. De repente, sonó un disparo en el exterior.

* * *

Los perros aullaron de repente, rompiendo su silencio. McSwiswin lanzó un juramento.

—¿Quién diablos…?

Slipher buscó con la vista algún arma arrojadiza, pero no tenía a su alcance más que frascos de pequeño volumen y, además, la distancia era excesiva, por lo que no estaba seguro de acertar a McSwiswin. Le haría desviarse un momento, pero no conseguiría llegar hasta él antes de que el revólver hiciese fuego.

—Está bien, no se muevan —dijo McSwiswin—. Voy a ver…

Lentamente, sin perderles de vista, se acercó a la escalera. De pronto, sonó arriba un grito de rabia.

—Usted, maldito… ha matado al mejor amigo que tenía…, a Creigh Burndt… —chilló Anse—. El otro ha pagado ya sus culpas y…

La inesperada aparición de Roundle sorprendió a los dos jóvenes. Pero el recién llegado cometió el error de hablar demasiado. McSwiswin, veloz, disparó dos veces desde abajo.

Una escopeta cayó sobre los peldaños. Luego, Roundle empezó a rodar por la escalera, hasta quedar tendido en las primeras losas del subterráneo.

McSwiswin se volvió satisfecho hacia la pareja.

—Roundle era como un perro fiel de Burndt —explicó—. Si el amo ha muerto, ¿para qué quiere seguir viviendo el perro?

—Por lo visto, eso de la muerte se le da a usted mejor que la vida —dijo Slipher fríamente—. ¿Piensa vender inmortalidad matando a la gente?

Una expresión de furia ciega apareció en el rostro de McSwiswin al escuchar aquellas palabras.

—Usted morirá primero —decretó—. Después, esa chica impertinente y entrometida…

Algo interrumpió a McSwiswin bruscamente. Unos brazos se le enroscaron al cuello y apretaron con fuerza.

—Nadie más que nosotros morirá aquí —susurró Charlotte—. Vamos, vamos, querido…

McSwiswin lanzó un horrible alarido. Intentó desasirse de aquel dogal de carne blanca y mórbida, pero Charlotte parecía poseer una fuerza colosal y no cedió, antes al contrario, empujó a su esposo hacia el estanque.

—Vamos, vamos, vamos a vivir eternamente…

Había una extraña luz en los ojos de Charlotte. Slipher imaginó que el cerebro de la joven, sometido repetidas veces a aquellos infernales experimentos, debía haber cedido, sumergiéndose en una locura que la hacía irresponsable de sus actos.

McSwiswin lanzó un chillido espeluznante cuando ya se inclinaban en el borde del estanque. Luego sonó un chapoteo aterrador.

Al cabo de un rato, Slipher trató de reaccionar. Roundle se quejó de pronto.

—Está vivo; voy a atenderle —exclamó Myrtle.

Slipher hizo algo mientras tanto. Había abundante energía eléctrica en el laboratorio.

Buscó dos largos cables y los conectó a sendas tomas de luz.

Preparó unas lámparas de socorro. Luego arrojó los cables al estanque.

Un vivísimo chispazo surgió en el acto. La cosa que había allí se retorció, humeó y, al fin, se quedó quieta, disolviéndose lentamente en el líquido en que se hallaba sumergida. Slipher creyó oír una dulce voz que sonaba en el interior de su cerebro:

—Gracias, Dale.

Mentalmente, el joven respondió:

—Siempre te recordaré, Charlotte.

* * *

Terminó la taza de café y encendió la pipa. A los pocos minutos, oyó los alegres ladridos de un can.

Myrtle apareció ante sus ojos, radiante de belleza.

—Has vuelto, Dale —dijo.

Slipher sonrió.

—Claro. He pensado que me convenía tomarme unas segundas vacaciones. Es decir, si no te molesta.

—Me alegra infinito, Dale. Recibí tu carta y…

—Siento lo de tu padre, Myrtle.

Hubo un momento de silencio. Slipher miraba a su alrededor.

—Southlake es un lugar lleno de atractivos —dijo.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras —sonrió la muchacha.

—Lo haré. Por cierto, ¿qué es de Roundle?

—Curó y fue absuelto en el juicio que se le siguió. Su defensor alegó legítima defensa y el jurado lo apreció así. A decir verdad, no se le podía condenar por la muerte de Sharrod. Ahora lo tengo como vigilante de mis tierras.

—Sí, tiene carácter de perro fiel. Los tipos así necesitan solamente un buen amo. ¿Qué hay del lado norte?

—Lo ha adquirido una compañía de inversiones. Sospecho que construirán residencias y cosas así. La tranquilidad se ha acabado en Black Lake, a pesar de que, paradójicamente, haya retornado después de lo que ocurrió.

—¿Venderás tú, Myrtle?

—He vendido una cuarta parte, aproximadamente. La oferta era buena. Necesitaba dinero, tú lo sabes bien.

—No se te puede reprochar —convino Slipher—, y me alegro de que tus finanzas hayan mejorado. Pero, además de dinero, ¿no necesitas otra cosa?

—¿Por ejemplo…?

—Un esposo.

Myrtle se atusó el pelo con coquetería.

—¿Quién va a pedir mi mano? —preguntó.

Slipher avanzó hacia ella.

—Lo tienes delante de ti —dijo.

Y la abrazó, acción que, ciertamente, *Sheik* no interpretó como un gesto hostil hacia su ama.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.